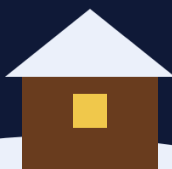


Veladas en
DIKANKA

selección



Nikolái Gógol

L I B R O L I B E R A D O

NIKOLÁI GÓGOL

Veladas en Dikanka (selección)



Libro Liberado · libroliberado.cl

Veladas en Dikanka (selección)

Nikolái Gógol

Traducción: de dominio público, según la edición de origen

Texto de dominio público. Libre para leer, copiar y compartir.

Edición digital: *Libro Liberado*, 2026.

libroliberado.cl

La feria de Sorochintsi



I

Me aburre vivir en la choza; llévame fuera de casa, allá donde reina el alboroto, donde las

JÓVENES BAILAN Y LOS MOZOS SE DIVIERTEN.

(DE UNA VIEJA LEYENDA UCRANIANA.)

Qué embriagador y espléndido es un día de verano en Ucrania!... ¡Qué languidez y qué bochorno el de sus horas cuando el mediodía fulge entre el silencio y el sopor, y el azul e inconmensurable océano, inclinado sobre la tierra como un dosel voluptuoso, parece dormir sumergido en ensueños mientras ciñe y estrecha a la hermosa con inmaterial abrazo! No hay una nube en el cielo, ni una voz en el campo. Todo parece estar muerto. Solo allá, en lo alto, en la inmensidad celeste, tiembla una alondra, cuyo canto argentino vuela por los peldaños del aire hasta la tierra amante, y resuena en la estepa el grito de una gaviota o el estridente reclamo de una codorniz. Indolentes y distraídos, como paseantes sin rumbo, álzanse los robles rozando las nubes, y el golpe cegador de los rayos solares prende pintorescos manojos de hojas, proyectando sobre algunas de ellas, a las que un fuerte viento salpica de oro una sombra oscura como la noche. Las esmeraldas, topacios y ágatas de los insectos del éter se derraman sobre los huertos multicolores que los girasoles Circundan majestuosos. Los grises haces de heno y las doradas gavillas de trigo formadas en la estepa, vagan errantes por su inmensidad. Las amplias ramas de los cerezos, de los manzanos, de los ciruelos y de los perales, se vencen bajo el peso del fruto. Fluye el río, límpido espejo del cielo, en su verde y altivo marco... ¡Cuán pleno de sensualidad y de dulce dicha está el verano en Ucrania ! ...

Con una magnificencia semejante fulguraba en un día caluroso de agosto de 1800... Sí. Hará unos treinta años que el camino, a unas diez leguas del pueblecito de Sorochinetz parecía un hervidero de gente acudiendo presurosa de los alrededores y de las lejanas aldeas a la feria. Desde muy de mañana arrastraban su paso, en interminable caravana, buhoneros cargados de sal y pescado. Montañas de ollas sobre una carreta, aburridas, sin duda, de su encierro en la oscuridad y envueltas en heno, avanzaban lentamente. Solo de cuando en cuando alguna jofaina, decorada con dibujos chillones, asomaba jactanciosamente bajo la paja trenzada y apilada a gran altura sobre la carreta, atrayendo la mirada conmovida de los admiradores del lujo. Muchos transeúntes contemplaban envidiosos al alfarero de alta estatura, poseedor de

aquellas riquezas, que caminaba lentamente tras su mercancía, envolviendo cuidadoso con aquel heno tan odiado a sus petimetres y a sus coquetas. Solitaria a un lado de la carretera, avanzaba una carreta arrastrada por fatigados bueyes, atestada de sacos cáñamo, piezas de hilo y enseres domésticos, a la que seguía su propietario ataviado con una limpia camisa de lino y unos sucios pantalones de igual lienzo. Con mano perezosa enjugábase el sudor que corría a chorros por su rostro tostado y hasta por sus largos bigotes empolvados por aquel implacable peluquero, que acude sin ser llamado, tanto en busca de la bella como del monstruo, empolvando por la fuerza, desde hace varios miles de años, a todo el género humano. A su lado y atada a la carreta, caminaba una yegua de manso continente, revelador de su ancianidad. Muchos de aquellos con quienes tropezaba a su paso, sobre todo los jóvenes, llevaban la mano a su gorro, aunque este gesto no fuera dirigido a nuestro mujik, ni a su bigote canoso ni a la majestad de su porte. Bastaba con alzar ligeramente los ojos para descubrir la causa de aquel respeto. En la carreta se hallaba sentada su lindísima hija, de redondeadas mejillas y negras cejas, arqueadas sobre los ojos de claro color castaño, de rosados labios y despreocupada sonrisa, en cuya encantadora cabecita, junto a las largas trenzas, cintas rojas y azules, y un ramillete de flores del campo, descansaban como una corona.

¡Todo, al parecer, la divertía!... ¡Todo le resultaba asombroso y nuevo, y sus lindos ojos, sin cesar, pasaban de un objeto a otro! ¿Y cómo no encontrar diversión en todo? . . . Era la primera vez que iba a la feria..., y una muchacha de dieciocho años por primera vez en la feria... Sin embargo, ninguno de los transeúntes sabía cuánto le había costado persuadir a su padre de que la llevara, bien que con toda el alma se hubiera alegrado él de hacerlo; la oposición solamente partía de la mala madrastra, habituada a manejarle con la misma destreza con que él manejaba las riendas de la cansina yegua, que se arrastraba ahora, rumbo a la feria, para ser vendida en premio a los antiguos servicios prestados.

En cuanto a la fastidiosa cónyuge... Olvidamos que esta se hallaba también sentada en lo alto de la carreta, ataviada con una vistosa blusa verde de lana sobre la cual—como sobre el armiño—aparecían cosidas pequeñas colitas rojas, y una rica falda a cuadros, agolpados como en un tablero de ajedrez, y tocada con un gorro de percal de color, que prestaba cierto aspecto imponente a su rostro carnoso y rojizo, por el que fluía algo tan desagradable..., tan salvaje..., que cuantos la veían se apresuraban a desviar la mirada sobresaltada para posarla sobre la alegre carita de la hija. Los ojos de nuestros viajeros columbraron Psiol.

Desde lejos llegaba una brisa particularmente agradable tras el lánguido y agobiante bochorno; por entre las hojas verde oscuro y verde claro de los álamos y abedules, esparcidas al descuido por el prado, brillaban ardientes chispas. Mientras, la bella del río descubriendo con magnífico gesto su pecho de plata sobre el que descendían suntuosos los verdes rizos de los árboles, se contemplaba a sí misma en las estáticas horas en que el fiel espejo apresaba envidioso la frente plena de orgullo y deslumbrante brillo, los niveos hombros y el marmóreo cuello sombreado por las ondas desprendidas en que se deshacía desdeñosamente de unas joyas para

sustituirlas por otras. (*Y sus caprichos—como los de toda beldad—no tendrán fin..., casi todos los años cambia de alrededores, elige una distinta y se rodea de variados paisajes.*) La hilera de molinos alzaba con sus pesadas ruedas las anchas olas, arrojándolas fuertemente a un lado y salpicándolas como polvo sobre los caminos de las cercanías.

La carreta en que viajaban nuestros viajeros alcanzaba en este momento el puente, y la vista del río, como un cristal unido, se les ofreció en toda su hermosura y grandiosidad. El cielo, los bosques verdes y azules, los hombres, las carretas con ollas los molinos..., todo aparecía invertido y cabeza abajo sin caer, no obstante, en el azul y maravilloso abismo. Nuestra hermosa joven, pensativa, contemplaba la magnificencia del paisaje, y olvidándose hasta de comer semillas de girasol, ocupación que la había entretenido mucho durante el trayecto, cuando de pronto la cogieron de improviso estas palabras:

—¡Vaya mocita !

Volviéndose, divisó a un grupo de jóvenes sobre el puente, uno de los cuales, el más rumbosamente vestido, con casaca blanca y gorro de piel, contemplaba con los brazos en jarras y en vigorosa actitud a cuantos pasaban por el camino.

No podía la bella muchacha dejar de fijarse en aquel rostro de amable expresión, tostado por el sol, cuyos ardientes ojos parecían penetrarla y bajó los suyos pensando que quizá había sido él quien había pronunciado aquellas palabras.

—Una joven bonita —continuó el mozo de la casaca blanca sin apartar de ella los ojos—. Daría cuanto tengo en mi casa por besarla. Pero, ¡mirad!..., en el pescante viaja el diablo.

Por todas partes estalló la risa. Solo a la empernejilada compañera del campesino, que avanzaba despacio, no agradó mucho aquel saludo. Sus rojas mejillas adquirieron el color del fuego y descargó un torrente de escogidas palabras sobre la cabeza del atrevido mocetón.

—¡Ojalá te atragantes con algo..., grosero insolente! ... ¡Que a tu padre le caiga una olla en la cabeza!... ¡Que resbale en el hielo!... ¡Que el diablo le queme la barba!

—¡Miradla cómo insulta! —exclamó el mozo, cuyos ojos parecían saltársele de las órbitas, y un tanto desconcertado por aquella violenta explosión de inesperados saludos—. ¡Pensar que a esa bruja centenaria no le duele la lengua de pronunciar esas palabras!...

—¡Centenaria! —repitió la jamona—. ¡Lávate la cara primero..., desdichado! ... ¡Miserable holgazán! ¡No he visto a tu madre pero sé que es una basura ! . . . , ¡ y tu padre otra!..., ¡y tu tía también!... ¡Centenaria! ¡Todavía no se te ha secado la leche en los labios y ya...!

Aquí la carreta empezó a descender del puente haciendo imposible distinguir las últimas palabras pero el mozo no quería al parecer darlo todo por terminado. Sin pensarlo mucho cogió un puñado de barro y se lo arrojó a la vieja. El golpe fue más certero de lo que hubiera podido preverse. El nuevo gorro de percal resultó salpicado de barro y las risotadas de los bullangueros holgazanes duplicáronse con renovada fuerza. El rostro de la empernejilada coqueta se arreboló de ira: pero la carreta se había ya alejado mucho en este tiempo y su venganza solo pudo concentrarse en la inocente hijastra y el lento cónyuge, que, habituado desde largo tiempo a

tales escenas, guardaba un obstinado silencio y acogía con sangre fría los turbulentos discursos de su airada esposa. A pesar de ello, la incansable lengua de ésta continuó agitándose en su boca hasta la llegada, primero a los alrededores del pueblo, luego a la casa de un viejo amigo y compadre, el cosaco Zibulia. El encuentro de ambos compadres, que no se veían hacía mucho tiempo, alejó un tanto de la cabeza de la madrastra aquel desagradable incidente, obligando a nuestros viajeros a hablar de la feria y a descansar después del largo camino...

II

¡ DIOS MÍO! ¡ LA DE COSAS QUE HABÍA EN
AQUELLA FERIA! RUEDAS, CRISTALES, CORREAS,
BREA, TABACO, CEBOLLA, TODA CLASE DE
VENDEDORES... ASÍ ES QUE, AUN TENIENDO
TREINTA RUBLOS EN EL BOLSILLO, NO SE HUBIERA
PODIDO COMPRAR TODA LA FERIA.
(DE UNA COMEDIA UCRANIANA.)

Ustedes habrán oído seguramente el rumor de alguna lejana cascada cuando el estruendo invade los inquietos alrededores y como un torbellino pasa ante nosotros el caos de maravillosos y vagos sonidos. ¿Verdad que idénticos sentimientos se apoderan de nosotros en el torbellino de la feria, cuando toda la muchedumbre se funde en un solo y enorme monstruo que mueve su corpachón en la plaza y en las angostas calles gritando... rezongando? El ruido, los juramentos, el mugido, los balidos y bramidos.... todo se funde en un rumor discordante. Los sacos, los bueyes, los gitanos, las ollas, los campesinos, las tortas, los gorros..., ¡todo! se apresura en brillante, deforme y abigarrado montón ante los ojos. Distintas voces se ahogan unas a otras, y ni una sola palabra se salva de aquel diluvio y ni un solo grito resuena claro. Lo único que se oye por todas partes son las palmadas con que los feriantes ultiman sus acuerdos. Se rompe una carreta, rechina el hierro, y la mareada cabeza no sabe dónde mirar. Abríase camino a codazos, seguido de su hija de negras cejas, nuestro campesino recién llegado. Acercábase a una carreta, tanteaba en otra para averiguar los precios, y mientras tanto, sus ideas giraban incesantemente en torno a los diez sacos de trigo y a la vieja yegua que trajera para la venta. En el rostro de su hija podía notarse que no le agradaban mucho aquellas detenciones junto a las carretas de la harina y el trigo. Ella hubiera querido acercarse a los sitios donde, bajo tiendas de lona, se veían cintas encarnadas, pendientes, cruces de cobre y de plomo. Sin embargo, también allí

encontraba abundante materia de observación. Hacíanle reír mucho los golpes en las manos que se propinaban el gitano y el campesino al chocarlas sobre algún acuerdo, profiriendo a veces gritos de dolor; ver cómo un judío borracho daba de puntapiés a una campesina y cómo, enfadados, dos feriantes se arrojaban alternativamente insultos y cangrejos, y cómo un mercader, mientras se alisaba con una mano las barbas de chivo, con la otra... Pero he aquí que de pronto sintió que alguien tiraba de la manga bordada de su blusa. Volvióse y vio ante ella al joven de la casaca blanca y los ardientes ojos. Sus venitas temblaron y el corazón le palpitó con una fuerza como nunca le había sentido palpar ni en la alegría ni en la pena. Le pareció esto algo raro y hermoso, aunque ella misma no podía comprender lo que le pasaba.

—No temas, corazoncito, no temas —le dijo en voz baja cogiéndola de la mano—. No voy a decirte nada malo.

—Puede que sea cierto —pensó la bella para sí— pero siento algo raro. Debe de ser el diablo. Una misma sabe que hace mal, pero no tiene fuerza para retirarle la mano.

En aquel momento se volvió el campesino, queriendo decir algo a su hija; pero oyó cerca de él la palabra trigo. Palabra mágica que le obligó a acercarse a dos mercaderes que conversaban en voz alta, no pudiendo ya nada distraer su atención de ellos.

He aquí lo que hablaban los negociantes:

III

¡MIRA QUÉ MOZO! ¡NO SE DAN MUY A MENUDO

HOY EN DÍA! BEBE EL AGUARDIENTE COMO UNA

ESPONJA (KOMLIARIEVSKY: LA ENEIDA.)

—¿De modo que, según tu opinión, paisano, nuestro trigo se venderá mal? —decía un hombre con aspecto de comerciante de algún pueblecillo, que lucía unos pantalones bombachos manchados de alquitrán y de grasa, a otro vestido con casaca azul remendada y mostrando un enorme chichón en la frente.

—¡Qué duda cabe! ¡Que me cuelguen de este árbol como a la salchicha en la jata antes de Navidad, si logramos vender una sola medida de trigo!

—¿Qué estás diciendo, paisano? Nosotros somos los únicos que traemos trigo.

—Bueno... —pensó nuestro conocido, a quien no escapaba una sola palabra de la conversación de los comerciantes—. Ustedes dirán lo que quieran, pero yo tengo diez sacos reservados.

—El caso es que si el diablo se mete de por medio no se puede esperar mucho provecho.

—¿Qué diablo? —replicó el de los bombachos— ¿Has oído lo que comenta la gente? —continuó el del chichón, fijando de soslayo en él sus ojos hurafios.

—¿Qué?...—...Pues que el alcalde ha puesto la feria en un lugar maldito donde uno no puede vender un solo grano aunque reviente. ¿Ves aquel cobertizo viejo y desvencijado que está al pie de la montaña? Aquí el padre de la bella, curioso, se acercó más aun, volviéndose, al parecer, todo oídos.

—En ese cobertizo hace sin cesar sus jugarretas el maligno y ni una sola feria montada en este sitio ha salido de él sin desgracia. Ayer, a última hora de la tarde, cuando pasaba por allí el escribiente del Ayuntamiento, asomó por la ventana el morro de un cerdo y gruñó de tal modo que el escribiente sintió un hormigueo en todo el cuerpo. Puede esperarse que de un momento a otro aparezca la casaca roja.

—¿Qué casaca roja es esa?

Al llegar a este punto, a nuestro oyente se le erizaron los cabellos. Volvióse aterrorizado y vio a su hija y al mozo en pie, plácidamente abrazados, murmurándose no se sabe qué cuentos de amor y olvidados de todas las casacas del mundo. Esto disipó el terror del campesino, devolviéndole su anterior despreocupación.

—¡ Eh! ... ¡Eh..., paisano! ¡Por lo visto eres un maestro en abrazar! ¡Y yo que no aprendí a abrazar a mi difunta Jveska hasta el cuarto día de casados, y eso gracias a mi compadre, que me enseñó!... El mozo advirtió al instante que el padre de su adorada no era hombre muy despejado, y se trazó un plan para inclinarle a su favor. Seguramente, buen hombre, no me conoces pero yo te he reconocido a ti en seguida. —¿ Reconocido?... Puede...

—Si quieres, puedo decirte tu nombre y tu apodo y todo lo que se te ocurra. Te llamas Solopii Crezevik. Mírame a mí bien. ... ¿No me conoces ?

—No, no te conozco. No lo tomes a mal, pero ¡he visto tantas carotas en mi vida, que ni el diablo podría recordarlas! —¡Es una lástima que no recuerdes al hijo de Golopupenkov!

—¿No serás por casualidad el hijo de Ojrimov?

—¿Y quién si no?

Aquí los amigos echaron mano a las gorras y empezaron a besarse. Pero nuestro hijo de Golopupenkov, sin perder tiempo, resolvió poner sitio a su nuevo conocimiento.

—¡Ya ves, Solopii! ... Tu hija y yo nos hemos enamorado de tal manera que tenemos que vivir juntos eternamente.

—¿Y tú, qué... Paraska? —dijo Cherevik, volviéndose hacia su hija y riendo—. Quizá podáis..., en efecto..., como suelen decir..., pacer en los mismos pastos. ¿Qué?... ¿Chocamos las manos? ¡Vamos tú..., nuevo yerno..., convidame a festejarlo!

Y los tres Se fueron al conocido restaurante de la feria, cuyas estanterías se hallaban ocupadas por una numerosa flotilla de botellas y fraseos de todas clases y edades.

—¡Hola! ¡Así me gustan los hombres! —dijo Cherevik, algo achispado, al ver cómo su futuro yerno llenaba una jarra de medio cuartillo de vino y la apuraba entera sin pestañear, tirándola luego al suelo, donde quedó hecha añicos.

—¿Qué me dices, Paraska? ¡Mira el novio que te he proporcionado! ¡Fíjate..., fíjate bien en la lindeza con que sorbe la espuma!... —y riéndose y tambaleándose, encaminóse con su hija hacia la carreta.

Nuestro mozo empezó a inspeccionar las filas de carretas con mercancías de calidad donde, hasta de Gadiach y Mirgorod, dos famosas ciudades de la región de Poltava, había comerciantes, en busca de una hermosa pipa de madera, elegantemente guarnecida de cobre, un pañuelo de variados colores sobre fondo rojo y un gorro que sirvieran de regalos de boda para el suegro y para todos a quienes correspondiera regalar.

IV

AUNQUE AL HOMBRE NO LE AGRADE, PERO SI A LA

MUJER SE LE ANTOJA..., NO HAY MÁS REMEDIO

QUE COMPLACERLA.

(KOMLIARIEVSKY.)

—Bueno, mujercita... Yo ya le he encontrado novio a la hija.

—¡Pues vaya !... ¡Cómo si fuera este el momento para buscar novios ! ¡Tonto !... ¡Más que tonto ! Lo eres y es seguro que lo seguirás siendo siempre. ¿Dónde has visto y oído que un hombre como es debido corra detrás de los novios ? Mejor sería que pensaras en la manera de vender trigo... ¡Bueno será ese novio!... ¡Me figuro que el más harapiento de los mendigos !

—¡Oh..., nada de eso !... ¡Si vieras qué mozo ! Solamente la casaca vale más que tu blusa verde y tus botas encarnadas. ¡Y cómo empina el codo bebiendo vino! ¡Que el diablo nos lleve a ti y a mí si he visto jamás a un mozo capaz de beberse medio cuartillo sin pestañear !

—Eso... Si es un borrachín y un vagabundo, ya es de tu gusto. Apostaría a que es el mismo granuja que se nos pegó en el puente. ¡Lástima no haber tropezado con él hasta ahora ! ¡Yo sí que le hubiera hecho saber !...

—Vamos, Jivria... ¿Y si fuera el mismo ?... ¿Por qué iba a ser un granuja ?...

—¿Por qué ? ¿Que por qué es un granuja ?... ¡Ah, cabeza sin sesos !, ¿me oyes ? Conque, ¿por qué es un granuja ?... ¿Dónde estaban tus estúpidos ojos cuando pasamos por el puente ?... ¡Aunque afrenten a tu esposa ante tus propias narices... ; esas narices sucias de tabaco..., te da igual !

—Pues yo no veo en eso nada de malo. El mozo vale la pena. Lo único que se puede decir contra él es que en un momento te empastó la cara de estiércol.

—¡Está bien! ¡Por lo que veo, no me dejas decir ni una palabra siquiera! ¿Y eso qué significa? ¿Cuándo te ha pasado algo parecido? ¡Seguro que ya habrás tenido tiempo de echar un trago

sin haber vendido nada! Aquí nuestro Cherevik, advirtiéndolo que había hablado más de la cuenta, defendióse al momento la cabeza con las manos pensando que, sin duda, su airada esposa no tardaría en clavarle las conyugales garras en el pelo. "Al diablo todo ello... ¡Pues sí que estamos lucidos con la boda! —pensó esquivando a su mujer, que avanzaba de un modo amenazador—. Habrá que rechazar a un buen hombre porque sí. ¡Dios mío!... ¿Qué habremos hecho de malo?... ¡Pecadores que somos! ¡Tanta basura como hay en el mundo, y por si fuera poco, nos has llenado la tierra de esposas!"

V

¡NO TE INCLINES, ÁRBOL, QUE AÚN ERES VERDE!

¡NO TE ENTRISTEZCAS, COSACO, QUE AÚN ERES

JOVEN!

(CANCIÓN UCRANIANA.)

Sentado junto a la carreta, el mozo de la blanca casaca contemplaba distraídamente la muchedumbre, que con sordo ruido se movía en torno suyo. Después de haber ardido con singular constancia durante su medio día y su mañana, el fatigado sol se alejaba del mundo, y agonizante, la jornada sonrojábase de un modo brillante y fascinador. Los techos de las blancas tiendas, tocados por una ígnea rosada y apenas visible luz, brillaban con deslumbrante fulgor. Los vidrios de las ventanas, donde hallábanse acumuladas pilas de objetos, ardían. Los verdes frascos y jarras sobre las mesas de las tabernas parecían de fuego, y las montañas de melones, sandías y calabazas, de oro y oscuro cobre. La conversación languidecía visiblemente y se hacía más apagada, y las cansadas lenguas de los compradores, de los mujiks y de los gitanos se movían cada vez con mayor pereza y lentitud. En alguna que otra parte empezaba a brillar una luz, y un grato olor a Galushki se extendía por las calles silenciosas.

—¿Por qué estás tan melancólico, Grizko ? —gritó a nuestro mozo un gitano alto, de bronceado rostro, al tiempo que le daba una palmada en el hombro.

—¿Qué... ¿Me das los bueyes por veinte rublos?

—Tu no piensas más que en los bueyes. Para los de tu tribu solo existe la codicia. Lo importante es atrapar a un buen hombre y embaucarlo.

—¡Diablos!... Por lo que veo, lo has tomado en serio... ¿No será que te fastidia haber cargado voluntariamente con una novia?

—No. No acostumbro a arrepentirme. Cumplo mi palabra. Lo hecho, está hecho. El que no tiene conciencia, por lo visto, es ese bestia de Cherevik. Dio su palabra y ahora se vuelve atrás. Bueno..., después de todo, no hay que culparle... Es un alcornoque y nada más. Todo esto

son maniobras de la vieja bruja, aquella a quien insulté hoy, yendo con los muchachos por el puente. ¡Ay, si yo fuera rey o algún gran señor!... ¡Haría ahorcar a todos los imbéciles que se dejan ensillar por las mujeres!

—¿Me darás los bueyes por veinte rublos si obligamos a Cherevik a darte a Paraska? Grizko le miró perplejo. En las bronceadas facciones del gitano había algo maligno, mordaz, ruin y, al mismo tiempo, altanero. Bastaba mirarle para advertir que en aquella alma extraña hervían grandes virtudes de esas que solo podían merecer por recompensa en la tierra la horca. Una boca completamente perdida entre la nariz y la afilada barbilla e iluminada siempre por una sonrisa punzante, los ojos y aquellos relámpagos reveladores de sus proyectos y tentativas sucediéndose incesantemente en su rostro, todo parecía requerir cierta singular vestimenta. Una vestimenta semejante a la que usaba. Aquel kaftán marrón oscuro que parecía había de reducir a polvo el mero contacto, la cabellera negra, cayendo en guedejas sobre los hombros; los zapatos calzando unos pies tostados y desnudos... Todo, por lo visto, adherido a él y pareciendo formar parte de su naturaleza.

—Te los daré por quince rublos, no por veinte —contestó el mozo sin apartar del gitano los ojos escrutadores.

—¿Por quince?... De acuerdo. Está bien... No se te olvide, pues: ¡por quince! Aquí tienes este billete de señal.

—¿Y si me mintieras?

—Si miento, la señal será para ti.

—Conforme, chócala.

—Venga.

VI

¡QUÉ CONTRATIEMPO! ALLÍ VIENE ROMÁN, Y

¡MENUDA PALIZA ME VA A DAR! Y A USTED, PAN

FOMA, TAMPOCO LE AGUARDA NADA BUENO!

(DE UNA COMEDIA UCRANIANA.)

—¡Por aquí, Afanasii Ivanovich. Aquí la tapia es más baja. Alce la pierna y no tema. El estúpido de mi marido se ha marchado a pasar la noche debajo de las carretas para cuidar de que los buhoneros no se lleven algo —así alentaba cariñosamente la terrible cónyuge de Cherevik al sacristán que con aire temeroso trepaba por la tapia como un largo y horrendo fantasma, y que después de haber calculado a ojo dónde le convendría saltar, se derrumbó ruidosamente sobre el musgo.

—¿Qué desgracia! ¿No se habrá lastimado? ¿No se habrá roto el cuello? ¡No lo quiera Dios! —balbució la diligente Jivria.

—¡Chitón! . . . Nada. . . No me he hecho nada amabilísima Javronia Nikiforovna —dijo levantándose el sacristán con voz susurrante y lastimera—, exceptuando un pinchazo de las zarzas, esas malignas, parecidas a la serpiente, como decía el difunto arcipreste...

—Vamos ahora a la jata. Allí no hay nadie. Ya estaba empezando a creerle enfermo, Afanasii Ivanovich. Enfermo o que se había dormido. Le esperaba a usted, y usted sin venir... ¿Cómo se encuentra?... He oído decir que al pope le han regalado de todo.

—Tonterías, Javronia Nikiforovna. En toda la Cuaresma solo recibió el pope quince sacos de centeno..., unos cuatro de avena y un centenar de empanadas. En cuanto a las gallinas, si las contamos, no llegan a cincuenta, y los huevos... la mayor parte están podridos. Las ofrendas realmente exquisitas son únicamente las que se pueden recibir de usted, Javronia Nikiforovna —contestó el sacristán con tierno arrobamiento, arrimándosele más.

—Tome usted la ofrenda, Afanasii Ivanovich —dijo ella depositando sobre la mesa unas fuentes llenas de pastelillos, bollos y otras delicadezas, y abotonándose remilgadamente la blusa, que se le había entreabierto, al parecer por mero azar.

—Apostaría a que lo han hecho las manos más diestras de toda la descendencia de Eva dijo el sacristán, dedicándose a los pastelillos y acercándose los bollitos con la otra mano—. Pero mi corazón, Javronia Nikiforovna, ansía un manjar más dulce que todos los pasteles y bollos del mundo .

—Ahora sí que no sé qué manjar pretenderá usted, Afanasii Ivanovich —dijo la coqueta jamona, fingiendo no comprender.

—Hablo, naturalmente, de su amor, incomparable Javronia Nikiforovna —murmuró el sacristán, agarrando con una de sus manos un pastelillo y rodeando con la otra el ancho talle.

—¡Por Dios! ¡Qué ocurrencia! ... ¡Afanasii Ivanovich! —dijo Jivria, bajando pudorosamente los ojos—. Quién sabe si a lo mejor se le ocurrirá a usted besarme...

—Respecto a eso, le diré algo... que me concierne... —continuó el sacristán—. En mis tiempos..., pongamos por caso..., estando en el seminario, lo recuerdo como si fuera hoy...

En este momento se oyeron ladridos en el patio y golpes en la puerta. Jivria salió corriendo y volvió palidísima

—Bueno, Afanasii Ivanovich; estamos perdidos. Hay mucha gente ante la puerta y me parece haber oído la voz del compadre. El pastelillo se le atragantó al sacristán y los ojos se le salieron de las órbitas, como si se le hubiera aparecido un visitante de ultratumba.

—Métase aquí —gritó la asustada Jivria, señalando dos tablas colocadas en la proximidad del techo y bajo este, sobre las cuales se hallaban amontonados toda clase de enseres domésticos. Después de recobrar un poco el sacristán, saltó sobre el camastro y de allí trepó hasta las tablas mientras Jivria corría alocada hacia la puerta ya que el ruido se repetía con mayor fuerza e impaciencia.

PERO, SEÑOR, ¡QUÉ MILAGROS SUCEDEN AQUÍ!

(DE UNA VIEJA COMEDIA UCRANIANA.)

En la feria ocurrió un extraño suceso. Se difundió el rumor de que en alguna parte, entre las mercancías, había aparecido la casaca roja. A la vieja vendedora de rosquillas se le antojó haber visto a Satanás, que bajo la forma de un cerdo se inclinaba sin cesar sobre las carretas como si buscara algo. Esto propalóse velozmente por todos los rincones del silencioso campamento, y todos juzgaron criminal mostrar incredulidad a pesar de que la vendedora de rosquillas, cuyo tenducho ambulante se hallaba junto a la taberna, se pasaba el día haciendo reverencias sin ninguna necesidad y dibujando con los pies un facsímil perfecto de su sabrosa mercancía. Añádanse a esto las noticias, corregidas y aumentadas, sobre el milagro visto por el escribiente del Ayuntamiento en el cobertizo en ruínas, de modo que al anochecer apretujábanse todos unos contra otros, destruida su tranquilidad e impidiéndoles el miedo cerrar los ojos. Aquellos resueltamente valientes que disponían de albergue nocturno en las jatas se marcharon a sus casas. Entre estos últimos figuraba Cherevik, con su compadre y su hija, que, acompañados por otros huéspedes, por sí solos invitados, eran los causantes del ruido que tanto había asustado a nuestra Jivria. El compadre estaba ya un poco alegre, según podía deducirse del hecho de recorrer dos veces el patio con la carreta hasta encontrar la casa. También los invitados se hallaban con ánimo dispuesto a la jarana y entraron sin ceremonias precediendo al amo de la casa. La cónyuge de nuestro Cherevik estaba sobre ascuas cuando los invitados empezaron a husmear por todos los rincones de la jata.

—¿Y qué..., comadre?... —preguntó el compadre, que acababa de entrar—. ¿Todavía te dura la fiebre?

—Sí; no me siento bien... —contestó Jivria, intranquila, y mirando de cuando en cuando a las tablas colocadas debajo del techo.

—Vamos, mujer..., bájanos la barrica de la carreta —le dijo el compadre a su esposa—. Tomaremos un trago con esta buena gente. Las malditas mujeres de la aldea nos han asustado de un modo que hasta da vergüenza decirlo. Porque la verdad, hermanos, es que hemos venido aquí por un quítame allá esas pajas... —dijo, mientras continuaba bebiendo de una jarra de arcilla—. Apuesto una gorra nueva a qué las mujeres se han propuesto burlarse de nosotros. Bueno..., ¿y si en efecto fuera Satanás?... ¿Y qué?... ¿Qué es Satanás? ¡Escúpanle ustedes en la cabeza! ... Aunque en este mismo momento se le ocurriera aparecérsese.... por ejemplo... Sería yo un hijo de perro si no le diera un puñetazo debajo de la misma nariz.

—¿Por qué palideces tanto de repente? —gritó uno de los invitados que les llevaba a todos la cabeza y procuraba siempre pasar por un valiente.

—¿Yo?... ¡Dios te guarde! ¡Estás soñando!

Los invitados sonrieron. Una sonrisa satisfecha apareció en el rostro del oportuno valentón.

—¿Palidecer? ¡Si lo que han hecho sus mejillas es encenderse como una amapola! ¡Ahora no es una cebolla, sino una remolacha!... ¡Mejor dicho..., la propia casaca roja, que tanto ha asustado a la gente! La barrica rodó por la mesa, alegrando aún más a los invitados. Aquí nuestro Cherevik, al cual la idea de la casaca roja torturaba hacía tiempo y que ni por un momento daba reposo a su espíritu curioso, acosó al compadre.

—¡Vamos, compadre. . ., sé bueno! ... ¡Te estoy pidiendo que cuentes esa historia de la casaca roja, y no consigo oírla!

—¡Ay compadre! ¡No conviene contar esas cosas de noche...; pero, en fin!... ¡Solo por complacerme y por complacer a esta buena gente... (*al decir esto se volvió hacia los invitados*) que tienen tantos deseos como tú de escuchar esta rareza!... Bueno, pues escuchen (*aquí el orador se rascó el hombro, se secó la boca con el borde del káftán colocó ambos codos sobre la mesa y empezó a contar*):

—«En cierta ocasión y por un pecado..., que, a fe mía, no sé cuál era..., echaron a un diablo del infierno.»

—¡Vamos, compadre! ... —interrumpió Cherevik—. ¡Como va a ser eso de que a un diablo le echen del infierno! ¡Qué le vamos a hacer, compadre! Le echaron así, como suena. Le echaron como un mujik echa a su perro de la jata. Puede que se le hubiera ocurrido hacer una buena obra..., pero el caso es que le enseñaron la puerta. El pobre diablo empezó a sentir tanta..., tanta nostalgia del infierno, que hasta le entraban ganas de ahorcarse. ¿Qué hacer? De pena se entregó a la bebida, anidó en el cobertizo desvencijado que está al pie de la montaña y junto al cual no pasa ahora ningún hombre decente sin protegerse santiguándose, y se convirtió en un juerguista como igual no se hubiera podido encontrar entre los mozos de la aldea. Todo el tiempo, de la mañana a la noche, se lo pasaba en la taberna (*aquí el severo Cherevik volvió a interrumpir al orador*).

—Pero, ¡por Dios! ¿Qué es lo que estás diciendo, compadre? ¿Cómo es posible que alguien deje entrar al diablo en una taberna?... ¡EI diablo, a Dios gracias, tiene pezuñas en los pies y cuernecillos en la cabeza !

—¡Pues ahí está el busilis! ¡Que el diablo llevaba gorra y manoplas! Y ¿quién iba a poder reconocerlo?...

Francachela tras francachela, terminó por beberse todo lo que tenía. El tabernero le dio crédito durante largo tiempo, pero luego dejó de dárselo, y el diablo tuvo que empeñar su casaca roja casi por el tercio de su valor a un tabernero judío, que trabajaba entonces en la feria de Sorochinetz. La empeñó y le dijo: «Mira, judío: vendré a buscar la casaca dentro de un año, exactamente dentro de un año. Cuidamela», y desapareció como si se lo hubiera tragado el agua. El judío examinó la casaca concienzudamente. El paño era de esos que no se consiguen ni en Mítgorod, y el color rojo, ardiente como el fuego, tanto, que uno no se cansaba de mirarlo.

Pero hete aquí que al tabernero le aburrió esperar el vencimiento del plazo, se rascó las patillas, y obtuvo de un ricachón, que estaba de paso, cinco rublos de oro por la casaca. Ya se le había olvidado el plazo por completo, cuando he aquí que en cierta ocasión, al anochecer, se le presentó un hombre diciéndole: «¡Vamos, judío; devuélveme mi casaca!» El judío no le reconoció al principio, y luego, después de haberle mirado con ojos penetrantes, fingió no haberle visto jamás. «¿Qué casaca?... Yo no tengo ninguna casaca ni sé nada sobre tu casaca.» El otro se marchó, pero al llegar la noche, cuando el judío, después de haber cerrado su cuchitril y contado el dinero de diversos baúles, se echó la sábana por encima y empezó a rezar sus plegarias como lo hacen los judíos, se oyó un crujido.... miró..., y vio que por todas las ventanas aparecían morros de cerdo.

En este preciso momento oyóse un rumor sordo muy parecido al gruñido del cerdo, y todos palidecieron. El sudor brotó del rostro del narrador.

—¿Qué? —dijo con espanto Cherevik.

—Nada —respondió el compadre, temblando de pies a cabeza.

—Decías... —dijo uno de los invitados.

—No.

—Entonces..., ¿quién es el que ha gruñido?

—¡Sabe Dios de qué nos hemos asustado! ¡No hay nadie!

Todos empezaron a mirar a su alrededor con aire temeroso y a hurgar en los rincones. Jivria estaba más muerta que viva.

—¡Pues sí!... ¡Vaya unas mujercillas!... ¿Y son ustedes los que pretenden ser hombres y cosacos? ¡Lo que debería hacerse es darles una rueca! A lo mejor, alguno..., con perdón de ustedes..., ¡un banco le habrá crujido debajo a alguien y los demás se han sobresaltado de miedo!

Esto avergonzó a nuestros valentones y les infundió ánimo. El compadre bebió un trago de la jarra y prosiguió su narración:

—El judío se quedó de piedra, pero los cerdos, que tenían unas patas altas como zancos, penetraron por las ventanas, rodeándole y haciéndole volver en sí a golpes de látigos trenzados y le obligaron a bailar con unos brincos más altos que estas vigas. El tabernero se hincó de rodillas y lo confesó todo, pero ya era imposible recuperar pronto la casaca. El ricachón había sido robado en la carretera por un gitano, y éste le había vendido la casaca a una ropavejera. La ropavejera volvió a traerla a la feria de Sorochinetz, pero desde entonces ya nadie le compró nada. La ropavejera se sentía muy asombrada y, finalmente, adivinó que, sin duda, la culpa de todo la tenía aquella casaca roja. No en balde sentía al ponérsela que algo la oprimía. Sin pensarlo mucho la arrojó al fuego y vio que la satánica prenda no llegaba a arder. «Hola... Este es un regalo del diablo», se dijo. Después lo pensó bien y metió la casaca en la carreta de un mujik que venía a vender manteca. El muy tonto se alegró, pero a partir de entonces nadie volvió ni siquiera a preguntarle por su manteca. «¡Ay —pensó—, unas manos impías fueron las que metieron en mi casa la casaca!» Agarró un hacha y la hizo trizas, pero de pronto vio que un

pedazo se arrastraba hacia el otro y que reaparecía la casaca entera. Después de santiguarse, el mujik volvió a agarrar el hacha y volvió a descuartizar la casaca, tiró los pedazos por aquel paraje y se fue. Pero a partir de entonces, todos los años, y precisamente por la época de la feria, el diablo, con cara de cerdo, se pasea por la plaza del pueblo, gruñe y recoge los trozos de su casaca. Dicen que ahora ya solo le falta la manga izquierda. Desde entonces los hombres rehuyen ese sitio y ya hace diez años que no se ha celebrado allí la feria. Pero ahora el alcalde ha tenido la desdichada idea de...

La otra mitad de la frase quedó petrificada en los labios del orador. La ventana se abrió con estrépito, saltaron tintineando los vidrios y en el marco apareció una espantosa cabeza porcina, que movía los ojos de un lado a otro como preguntando: «¿Qué hacen ustedes aquí, buena gente?...»

VIII

CUAL UN PERRO LE METIÓ EL RABO ENTRE LAS
PATAS, QUEDÓ PRESA DE TEMBLOR, COMO CAIN, Y
DE SU NARIZ CAYÓ UN CHORRO DE TABACO.

(KOMLIARIEVSKY: LA ENEIDA.)

El terror inmovilizó a todos cuantos se encontraban en la jata. Con la boca abierta, el compadre quedó petrificado. Los ojos se le salían de sus órbitas, como queriendo disparársele, y los separados dedos de la mano se le quedaron rígidos en el aire. El alto fanfarrón, preso de invencible pánico, saltó al camaranchón, bajo el tejado, pero al darse un golpe en la cabeza contra la viga, resbalaron las tablas y el sacristán voló a tierra con terrible estruendo

—¡Ay! ... ¡Ay! ... ¡Ay! ... —gritó alguien desesperadamente, dejándose caer sobre el banco en un acceso de terror y agitando brazos y piernas

—¡Socorro! —vociferó otro tapándose con el abrigo.

El compadre, arrancado de su inmovilidad por el segundo susto, se arrastró en una crisis de convulsiones hasta ocultarse bajo la falda de su mujer. El fanfarrón escaló el techo del horno, y Cherevik, como si le hubieran escaldado y encasquetándose en la cabeza una olla en lugar del sombrero, se precipitó hacia la puerta, echando a correr por las calles como un loco y sin ver dónde pisaba. Sólo la fatiga le obligó a aminorar la rapidez de su carrera. El corazón le latía con furioso ritmo y el sudor chorreaba por su semblante. Agotado, iba a desplomarse en el suelo, cuando le pareció de pronto que alguien le perseguía. Se quedó sin aliento.

—¡El diablo! ... ¡El diablo! —gritó medio desvanecido ya, e intentó correr triplicando las fuerzas. Un minuto después caía al suelo sin sentido.

—¡El diablo! ¡El diablo! —gritó alguien en pos de él, pero Cherevik sólo acertó a oír, antes de perder el sentido, que algo se le abalanzaba ruidosamente... Aquí le abandonaron sus sentidos, y como si fuera el terrible morador de un estrecho ataúd, quedó mudo e inmóvil en medio del camino.

IX

POR DELANTE NO ESTÁ MAL, PERO POR DETRÁS, A

FE MÍA, QUE PARECE UN DIABLO.

(DE UN CUENTO POPULAR UCRANIANO.)

—¿Has oído, Vlas? —dijo, incorporándose en las tinieblas de la noche, uno de los hombres que dormían en la calle—. Cerca de nosotros alguien ha mentado al diablo.

—Y a mí, ¿qué? —refunfuñó, estirándose el gitano que dormía a su lado—. Por mí podría mentar a toda su familia.

—¡Es que gritaba de un modo!... ¡Como si le estuvieran aplastando!

—¡El hombre miente tanto cuando está a medio despertarse! ...

—Lo que quieras, pero hay que ver qué es. Da lumbre.

Refunfuñando el otro gitano para su colete, se puso en pie, produciendo dos o tres veces, para alumbrarse, unas cuantas chispas que parecieron relámpagos; sopló sobre la yesca, y con la clásica lamparilla ucraniana en las manos, un recipiente roto lleno de grasa de carnero, se adelantó iluminando el camino.

—¡Espera!... Aquí hay algo en el suelo. ¡Alumbra !

En ese momento varios hombres se unieron a ellos.

—¿Qué es lo que está ahí echado, Vlas?

—Se diría que son dos hombres tendidos uno encima de otro.

—Yo he oído perfectamente que alguien gritaba no se qué del diablo —dijo uno de los recién llegados.

—Yo también —afirmó otro.

—Pero ¿cuál será el diablo de esos dos?

Vlas, que había acercado la lámpara, murmuró:

—Yo creo que es el que está encima...

—¿No es una mujer?

—Por eso creo que es el diablo.

Todos se echaron a reír a carcajadas, despertando a toda la calle.

—Miren, hermanos —dijo otro, enarbolando un resto de la olla de la cual solo una mitad continuaba sobre la cabeza de Cherevik—, ¡vaya gorro que se había puesto ese valiente!

La risa creciente y el estrépito hicieron volver en sí a nuestros muertos: Solopii y su mujer, que, dominados aún por el susto recién experimentado contemplaron durante largo rato con terror e inmóviles ojos los rostros cetrinos de los gitanos. Iluminados por una luz que ardía con llama incierta y trémula, parecían un salvaje cóncave de gnomo rodeados de pesados vapores subterráneos en medio de las tinieblas de una noche cerrada.

X

¡APÁRTATE, FUERZA MALIGNA!

(DE UNA COMEDIA UCRANIANA.)

Sobre los habitantes de Sorochinetz, recién despiertos, se cernía la frescura de la mañana. Todas las chimeneas lanzaban torrentes de humo hacia el sol, que acababa de aparecer. Comenzaban a oírse los ruidos de la feria. Balaban las ovejas relinchaban los caballos y en todo el campamento volvía a oírse el grito de los gansos y el de los vendedores, mientras los terroríficos relatos sobre la casaca roja, que tanto intimidaron a la gente en las misteriosas horas del anochecer, se esfumaban como por encanto.

Bostezando y estirándose, dormitaba Cherevik en casa del compadre, bajo el techo cubierto de paja del cobertizo, entre los bueyes, los sacos de harina y de trigo, y sin tener, al parecer, el menor deseo de despedirse de sus ensueños, cuando oyó repentinamente una voz tan conocida para él como el refugio de su pereza, esto es, el bendito techo de la estufa de su jata o la taberna de una parienta lejana que se encontraba a diez pasos apenas de su umbral.

—¡Levántate! ... ¡Levántate! —le decía al oído la voz cascada de su tierna esposa.

Cherevik, en vez de contestar, infló sus mejillas y manoteó, simulando un redoble de tambores.

—¡Loco! —gritó ella, esquivando un movimiento de su brazo que había estado a punto de rozarle la cara.

Cherevik se levantó, se frotó un poco los ojos y miró en torno suyo.

—¡Que el maligno me lleve si no se me apareció tu cara bajo la forma de un tambor, paloma mía. Un tambor sobre el que hacían redoblar esas mismas jetas de cerdo que, como dice el compadre. . .

—¡Basta de decir tonterías! ¡Anda..., llévate la yegua y trata de venderla pronto! Haremos que la gente sería de nosotros. ¡Pensar que hemos venido a la feria y todavía no hemos vendido ni un puñado de cáñamo!

—¡Pero mujer! —replicó Solopii—. ¡A esta hora!, se burlarán de nosotros.

—¡Anda..., ve..., ve...! De ti se ríen de todos modos.

—¡Sí, como ves, todavía no me he levantado! —continuó Cherevik bostezando, rascándose las espaldas y tratando de ganar tiempo para su pereza.

—¡Qué antojo más inoportuno de estar limpio!...

¿Desde cuándo se te ocurren esas cosas? Ahí tienes una jofaina, lávate la carota. En este momento la comadre agarró algo que estaba enrollado y lo tiró a un lado con horror. ¡Era una solapa de casaca roja!

—¡Anda! ¡Vete! ¡Haz lo tuyo! ... —repitió, después de cobrar ánimos, a su marido, viendo que a éste el terror le había arrebatado el uso de las piernas y que le castañeteaban los dientes.

—¡Ahora sí que tendremos venta!... —gruñó para sí Cherevik, desatando la yegua y llevándosela a la plaza—. Por algo sentía yo tanta pesadez en el alma... ¡Como si al ir a esa maldita feria llevara al hombro una vaca muerta! ¡Hasta los propios bueyes se volvieron dos veces como queriendo regresar a casa! El caso es que..., ahora lo recuerdo..., ya no salimos en lunes. Ahí está lo malo. Ese maldito diablo es insaciable. ¡Bien podía usar la casaca sin una manga y dejar en paz a la gente decente! Si yo fuera diablo, pongamos por caso, ¡y Dios me libre de ello!, ¿vagaría de noche buscando esos malditos jirones?

Aquí el filosofar de nuestro Cherevik vióse interrumpido por una voz gruesa y áspera. Ante él se hallaba un gitano de elevada estatura.

—¿Qué vendes, buen hombre?

El vendedor guardó silencio. Le miró de pies a cabeza y dijo con aire tranquilo, sin detenerse y sin dejar escapar las riendas de sus manos:

—Tú mismo puedes ver lo que vendo.

—¿Correas? —preguntó el gitano mirando a la rienda que tenía en la mano Cherevik.

—Correas, sí. Si es que una yegua se parece a unas correas...

—¡Pero...! ¡Diablos, paisano! ¡Se diría que la has alimentado con paja!

—¿Con paja?

En este momento quiso Cherevik tirar de la rienda para, haciendo avanzar a su yegua, probar palmariamente la mentira de su desvergonzado ofensor, pero la mano de aquel, con extraordinaria ligereza le dio un golpe en la mandíbula. Luego, al mirar, vio, y sus cabellos se le erizaron, que de su mano pendía una rienda cortada y que a la rienda estaba sujeta..., ¡oh espanto!..., un pedazo de manga de casaca roja.

Después de haber escupido, santiguándose y haciendo aspavientos con los brazos, Cherevik huyó corriendo del inesperado regalo y desapareció entre la multitud más velozmente que lo hubiera hecho un muchacho del pueblo.

XI

HICE BIEN, Y ENCIMA ME PEGARON.

(PROVERBIO UCRANIANO.)

—¡A ese! ... ¡A ese! ... ¡Cogedlo! —gritaron varios mozos desde el extremo más angosto de la calle Cherevik se sintió aferrado de pronto por robustos brazos.

—¡Amarradle! ¡Es el mismo que le robó la yegua a un buen hombre!

—Pero, ¡por Dios!, ¿por qué me cogen ustedes?

—¿Y lo preguntas? ¿Por qué le robaste tú la yegua a Cherevik, el mujik recién llegado?

—¿Se han vuelto ustedes locos? ¿Dónde se ha visto que un hombre se robe a sí mismo?

—¡Vieja treta la tuya!..., ¡vieja treta!... ¿Por que corrías a toda velocidad como si te persiguiera el propio Satanás?

—¡Qué remedio!... Aunque no quieras tienes que correr si el ropaje de Satanás...

—¡Bueno, palomito!... ¡Vete a engañar a otro! ¡Ya te dará una buena lección el alcalde para que no vuelvas a asustar a nadie con cosas del demonio!

—¡Atrápenlo! ¡Atrápenlo! —se oyó gritar al otro extremo de la calle—. ¡Ahí está..., ahí está el fugitivo ! Y ante los ojos de Cherevik se presentó el compadre, en el más lamentable estado, con las manos atadas a la espalda y conducido por varios lugareños.

—Están ocurriendo cosas fantásticas —dijo uno de ellos—. Es cosa de oír lo que dice ese bribón, en el que se descubre al ladrón con solo mirarle a la cara. Cuando le preguntaron por qué había echado a correr como un loco, dijo: «Metí la mano en el bolsillo, porque quería oler un poco de tabaco y en vez de la tabaquera, saqué un pedazo de la casaca del diablo, de la que salía un fuego rojo.... y entonces puse pies en polvorosa.»

—¡Ajá!... Son dos pájaros del mismo nido. Que los aten juntos.

XII

«¿DE QUÉ SOY CULPABLE, BUENA GENTE? ¿POR

QUÉ ME ATORMENTÁIS? —EXCLAMÓ NUESTRO

POBRE HOMBRE—. ¿POR QUÉ OS BURLÁIS ASÍ DE

MÍ? ¿POR QUÉ, POR QUÉ?...» Y AGARRÁNDOSE

POR LOS COSTADOS, PRORRUMPIÓ EN AMARGO

LLANTO.

(ARTEMOVSKY GULAK: EL PAN Y EL PERRO.)

—¿No habrás pescado realmente algo ajeno compadre? —preguntó Cherevik cuando se vio tendido y amarrado junto al compadre debajo del techo de paja.

—Tú también sales con lo mismo, compadre. ¡Que se me sequen las manos y los pies si alguna vez he robado algo! ¡Salvo... puede que en alguna ocasión a mi madre un poco de varenik y de crema... y eso cuando no tenía más que diez años!

—¿Por qué nos habrá tocado en suerte semejante infortunio?... Lo tuyo, después de todo, no es nada... Te culpan de haber robado algo ajeno.... pero ¿cómo se entiende que a mí me acusen, ¡desdichado de mí!, de haber robado mi propia yegua? ¡Por lo visto, compadre, en nuestro destino está escrito el no tener suerte!

—¡Qué desgracia la nuestra, pobres huérfanos!

Y ambos compadres empezaron a sollozar convulsivamente.

—¿Qué te pasa, Solopii? —dijo Grizko, que acababa de entrar—. ¿Quien te ha amarrado?

—¡Ay Golopupenko, Golopupenko!... —gritó alborozado Solopii—. Aquí tienes, compadre, al mozo de que te he hablado. ¡Que me parta un rayo aquí mismo si no se bebió en mi presencia una jarra tan grande como tu cabeza y sin pestañear una sola vez!

¿Y por qué no has complacido a tan buen mozo, compadre ?

—Como ves —prosiguió Cherevik volviéndose hacia Grizko—, parece que Dios me ha castigado por haberme portado mal contigo. Perdóname buen hombre... A fe mía que bien hubiera querido hacer todo lo posible por ti, pero ¿qué quieres?... En la vieja está el propio diablo

—No soy rencoroso, Solopii... Si quieres te libentaré —aquí Grizko hizo un guiño a los lugareños y los mismos que estaban custodiándoles se abalanzaron a desatarlos—. Tú a tu vez debes hacer lo debido, o sea una boda, y festejarla de tal manera que durante todo el año nos duelan los pies de tanto bailar el hopak .

—Lo bueno atrae a lo bueno —dijo Solopii, dando una palmada—. Ahora estoy tan contento como si a mi vieja se la hubieran llevado los chalanes...

—Bueno..., ¿y a qué tanto pensar si el mozo vale o si no vale?... Que hoy mismo sea la boda y que no se hable más del asunto.

—Entonces, recuérdalo, Solopii: dentro de una hora estaré en tu casa. Y ahora vete allí, que te esperan los compradores de tu yegua y de tu trigo.

—¿Como!... ¿Han encontrado a mi yegua? —La han encontrado. Petrificado de alegría quedó Cherevik mientras miraba alejarse a Grizko.

—Bueno, Grizko..., ¿qué?... ¿Hemos arreglado mal este asunto? —dijo el gitano de elevada estatura al mozo apresurado—. ¿Son míos ahora los bueyes ?

—Tuyos, tuyos.

XIII

«NO TEMAS, MADRECITA, NO TEMAS. CÁLZATE LAS

BOTITAS ENCARNADAS Y PISOTEA A TUS ENEMIGOS

para que suelten tus espuelas y se callen...»

(CANCIÓN NUPCIAL.)

Con el codo apoyado sobre la mesa y pensativa en la soledad de la jata estaba Paraska. Muchos ensueños flotaban sobre su rubia cenicienta cabeza. Por momentos, repentinamente, una leve sonrisa rozaba sus labios rojos y un sentimiento de alegría la hacía enarcar las oscuras cejas, aunque a veces la nube del pensamiento volvía a inclinarla sobre sus ojos garzos y claros.

—¿Y si no sucediera lo que él dijo? —murmuraba la joven con cierto aire de duda—. ¿Y si no me casara con él?...

¿Y si...? No, no. Eso no será. Mi madrastra hace todo lo que se le antoja. ¿Por qué no he de hacerlo yo también? Terquedad no me faltará. ¡Qué guapo es!... ¡Qué magnificamente brillan sus ojos negros!... ¡Qué hermosa manera la suya de decir: «Paraska..., palomita»! ¡Y qué bien le cae la casaca blanca! Solo le falta un cinturón de un color más vivo. Yo se lo trenzaré cuando vayamos a vivir en la nueva jata. ¡Cómo me alegra pensar!...—continuó mientras sacaba de su escondite del pecho un espejito revestido de papel rojo que había comprado en la feria y se contemplaba en él con secreto placer—. Cuando la encuentre en alguna parte no la saludaré, aunque la vea reventar. No..., madrastra mía... Basta de pegar a tu hijastra. Antes nacerá el trigo sobre la piedra y como el sauce se doblegará el roble sobre el agua que inclinarme yo ante ti. ¡Ah!... ¡Se me olvidaba!... Voy a probarme la ochipok . Aunque es de mi madrastra, vamos a ver qué tal me sienta.

Aquí, la bella se levantó con el espejito en la mano y la cabeza inclinada sobre él y empezó a andar con trémulo paso por la jata, como temiendo caerse al ver reflejado delante de sí, en vez del suelo, el techo, con sus tablas adicionales—de donde cayera poco antes el sacristán—y los estantes repletos de ollas.

—En realidad, soy como una criatura —exclamó riéndose—; me da miedo dar un paso —y al decir esto empezó a golpear el suelo con los pies, y cuanto más avanzaba, más audaz se sentía. Finalmente, su mano izquierda descendió, apoyándose sobre la cadera, y la joven se puso a bailar con el espejo ante sí, taconeando y canturreando su canción favorita.

En este instante se asomó Cherevik por la puerta, y al ver a su hija bailando ante el espejo, se detuvo. La miró largo rato, riéndose del nunca visto capricho de la muchacha, que, abstraída en sus pensamientos, parecía no darse cuenta de nada; pero al escuchar los conocidos sonidos de la canción, las venillas de Cherevik comenzaron a agitarse, y con los brazos orgullosamente en jarras, se adelantó y se puso a bailar en cuclillas, olvidando todos sus asuntos.

La sonora risa del compadre hizo estremecerse a ambos.

—¡Vaya!... ¡El padre y la hija celebrando la boda! ¡Vengan, pues, pronto! ¡Ha llegado el novio! Al oír estas palabras, Paraska se sonrojó hasta ponerse de un color más rojo vivo que el de la cinta encarnada que le ceñía el cabello, y su despreocupado padre recordó el motivo que le traía.

—Vamos, hija... vamos pronto. Jivria, de alegría por haber vendido la yegua —dijo mirando con temor a ambos lados—, ha ido corriendo a comprarse telas y collares de todas clases; de manera que debemos terminarlo todo antes que vuelva.

Apenas hubo franqueado Paraska el umbral de la jata, sintió que la cogían los brazos del mozo de la casaca blanca, que estaba esperándola en la calle con una multitud de gente.

—¡Bendíceles, Dios mío! —dijo Cherevik juntándoles las manos—. ¡Que vivan como se trenzan las coronas! En este momento se oyó ruido en la calle.

—¡Reventaré antes de permitirlo! —gritaba la cónyuge de Solopii, a quien rechazaba la multitud entre grandes risotadas.

—No te enfurezcas, mujer, no te enfurezcas —decía tranquilamente Cherevik, viendo cómo una pareja de robustos gitanos la tenían agarrada por las manos.

—Lo hecho queda hecho. No me gusta cambiar...

—No..., no... Eso no será —gritaba Jivria sin que nadie le hiciera caso. Varias parejas rodeaban a los novios, formando en torno de ella un infranqueable muro bailarín.

Un sentimiento extraño, inexplicable, habría de dominar al espectador al ver cómo por un solo golpe de arco del violinista, de largos bigotes retorcidos, vestido de casaca, todo se convertía en movimiento unánime y armonioso. Hombres en cuyos rostros no parecía haber flotado una sonrisa en el espacio de un siglo taconeaban con los pies, imprimiendo un rítmico temblor a sus hombros. Todo volaba. Todo danzaba. Pero un sentimiento más extraño aún, indescribible, habría de despertarse en el fondo del alma al ver a las viejecitas, sobre cuyos arrugados rostros flotaba la fría indiferencia de la tumba, moverse entre los hombres nuevos, vivos y reidores. A pesar de su indolencia carentes incluso de la alegría más ingenua, de la chispa más insignificante, a quienes solo la borrachera, como motor de su automática vida, les obligaba a ejecutar algo que pareciera humano, aquellas mujeres movían silenciosamente sus ebrias cabezas siguiendo con los pies el compás de la danza de la gente que se divertía, sin volver siquiera los ojos hacia la joven pareja. El estrépito, las risas y los cantos se oían más y más apagados. El arco del violín moría debilitándose y dejando perder sus vagos sonidos en el vacío del aire. Todavía se escuchaba en alguna parte un pataleo semejante al murmullo de un lejano mar. Pero no tardó ya todo en volverse vacío y sordo. ¿No es así como vuela, alejándose de nosotros la alegría, precioso y voluble huésped? ¿Y no es vano esperar que el sonido de la nota solitaria pueda expresar regocijo? En el eco que escuchamos se percibe ya la tristeza y la soledad. ¿No es así como se pierden por el mundo los alegres amigos de la turbulenta y libre juventud, uno por uno, dejando, finalmente, solo a su viejo hermano?... ¡Qué tristeza la del abandonado! El corazón se llena de dolor y de pesar, y nada puede ayudarle.

F I N

Noche de mayo



I

Ganna

«¡El diablo lo entienda! Cuando la gente cristiana se propone hacer algo, se atormenta, se afana como perros de caza en pos de una liebre, y todo sin éxito. Pero en cuanto se mete de por medio el diablo, tan solo con que mueva el rabo, y no se sabe por dónde, todo se arregla como si cayera del cielo.»

Una sonora canción fluía como un río por las calles del pueblo... Era el momento en que los mozos y las mozas, fatigados por los trabajos y preocupaciones del día, se reunían ruidosamente formando un corro bajo los fulgores de una límpida noche, para volcar toda su alegría en sonidos habitualmente inseparables de la melancolía. El atardecer, eternamente meditativo, abrazaba soñando al cielo azul, convirtiéndolo todo en vaguedad y lejanía. Aunque ya había llegado el crepúsculo, las canciones no habían cesado, cuando, con la bandurria en la mano, se deslizaba por las calles, después de haberse escurrido del grupo de cantores, el joven cosaco Levko, hijo del alcalde del pueblo.

Un gorro cubría la cabeza del cosaco, que iba por las calles rasgueando las cuerdas de la bandurria e iniciando a su sonido ligeros pasos de danza. Por fin se detuvo ante la puerta de una jata circundada de pequeños guindos. ¿De quién era esta jata?... ¿De quién era esta puerta?... Después de haber callado un momento, Levko empezó a tocar la bandurria, y cantó:

El sol está bajo; la noche, cerca; sal a verme, corazoncito mío.

—No... Por lo visto se ha dormido de firme..., mi bella de los claros ojos —dijo el cosaco al terminar la canción, acercándose a la ventana. ¡Gallu, Galiu! ¿Duermes o es que no quieres salir?... ¿Temas que alguien pueda vernos o no quieres exponer tu blanca carita al frío?... No temas, no hay nadie, la noche es tibia. Pero si apareciera alguien, yo te cubriría con mi casaca, te rodearía con mi cinturón, te taparía con mis manos, y nadie nos vería. Y si soplara una fría ráfaga, te estrecharía más contra mi corazón. Te calentaría con mis besos, metería en mi gorra tus piecitos blancos. ¡Corazón mío! ... ¡Pececito mío! ¡Mi collar! ¡Mírame por un instante!... ¡Saca al menos por la ventana tu blanca manita!... No. No duermes, orgullosa muchacha— dijo Levko más alto y con la voz del que se avergüenza de la humillación de un momento—: ¿Te gusta burlarte de mí?... Pues, ¡adiós!

Aquí Levko se volvió, calóse al segno su gorro y se apartó altivamente de la ventana, rasgueando con suavidad las cuerdas de la bandurria. En este momento giró el picaporte de

madera de la puerta, se abrió esta con un crujido, y una muchacha de diecisiete primaveras franqueó el umbral, mirando tímidamente alrededor y sin soltar el picaporte. En la semioscuridad brillaban como estrellas los claros y acogedores ojos y el collar de rojo coral. A la mirada de águila del mozo no podía esconderse el rubor que asomaba, vergonzoso, a las mejillas de Ganna.

—¡Qué impaciente eres! —dijo ésta a media voz—. Ya estás enfadado. ¿Por qué has elegido esta hora? Por las calles anda una muchedumbre de hombres... Estoy temblando...

—¡Oh. . ., no tiembles, pececito mío! ¡Estréchate más contra mí! —dijo el mozo, abrazándola apartando la bandurria colgada del cuello por una larga correa y sentándose con la joven a la puerta de la jata—. Bien sabes que sólo una hora sin verte me resulta amarga.

—¿Sabes tú lo que pienso yo? —le interrumpió la muchacha, hundiendo sus ojos en los de él—. Algo parece murmurarme al oído que en adelante no nos veremos tan a menudo. La gente de tu aldea no es buena. ¡Las muchachas la miran a una con tanta envidia!, y los mozos. . . Hasta observo que mi madre, en estos últimos tiempos ha empezado a guardarme más severamente. Confieso que me resultaba más alegre la vida en casa de extraños—. Cierta movimiento de tristeza se expresó en su cara al pronunciar estas últimas palabras.

—Llevas sólo dos meses en tu casa paterna y ya estás triste. Puede ser que yo también te haya aburrido . . .

—¡Oh!... ¡Tú no me has aburrido!... —dijo ella, sonriendo—. Yo te amo, cosaco de las negras cejas... Te amo porque tienes los ojos castaños y porque, cuando me miras, toda mi alma parece sonreír y se siente alegre y contenta. Porque la manera que tiene de estremecerse tu negro bigote es amable, porque vas por la calle cantando y tocando la bandurria y da gusto escucharte.

—¡Oh, muchacha querida! —exclamó el mozo besándola y estrechándola con más fuerza contra su pecho.

—Espera, espera, Levko. Dime antes si has hablado con tu padre.

—¿Qué? —dijo él como despertando—. Sí, le he hablado de que quiero casarme contigo y que tú quieres ser mi esposa—. Pero las palabras he hablado sonaron con cierta melancolía.

—¿Y qué?

—¿Qué voy a hacer con él? El viejo testarudo, como de costumbre, se hace el sordo, no quiere oír nada y encima me regaña diciéndome que ando vagando Dios sabe por dónde, y que me voy de bureo con los mozos por las calles. Pero no te apenes, Galiu mía... Te doy mi palabra de cosaco de que llegaré a convencerle.

—¡Sí, bastará una palabra tuya para que todo salga a tu gusto! Lo sé por mí misma. Algunas veces no te escucharía, pero dices algo, y sin querer hago lo que tú quieres. Mira, mira... —continuó ella reposando la cabeza sobre el hombro de Levko y girando los ojos hacia arriba, por donde extendía su azul sin límites el tibio cielo ucraniano, al cual servían de cortinaje las ramas rizosas de los guindos—. Mira..., allí a lo lejos brillan unas estrellas. Una..., dos..., tres..., cuatro,

cinco... ¿Verdad que los ángeles de Dios han abierto en el cielo las ventanitas de sus luminosas casitas y nos miran? ¿No es verdad, Levko? Ellos son los que contemplan nuestras tierras. Si los hombres tuvieran alas como los pájaros para llegar a lo alto..., a lo alto... ¡Huy, qué miedo! Ninguno de nuestros robles llega al cielo, pero dicen que existe no sé dónde.... en un lejano país, un árbol que con su copa rumorea en medio del propio cielo y que Dios baja por él la noche antes de la Santa Pascua.

—No, Galiu. Dios tiene una larga escalera que le lleva del cielo a la misma tierra. La colocan antes del Domingo de Pascua los santos arcángeles, y apenas Dios pone el pie en el peldaño, todos los espíritus impuros se precipitan por ella y a montones caen en el horno del infierno. Por eso en la fiesta de Cristo no hay, no hay en la tierra un solo espíritu malo.

—¡Cuán suavemente se mueve el agua!... ¡Como el niño en la cuna! —continuó Ganna señalando el estanque, sombríamente ceñido por el oscuro bosque de olmos y llorando por los sauces que sumergían en él sus quejumbrosas ramas.

Como un viejo sin fuerzas oprímía el lago sus fríos brazos el lejano y oscuro cielo, cubriendo de besos helados las estrellas que ardían tenuemente en medio del tibio océano del aire nocturno, como si presintiera la aparición de la brillante reina de la noche. Junto al bosque sobre la montaña, dormitaba, con los postigos cerrados, una vieja casa de madera; su tejado estaba cubierto de musgo y de hiedra silvestre. Rizados manzanos crecían ante sus ventanas; el bosque, abrazándola con su sombra, proyectaba sobre ella su salvaje pesadumbre, y el bosquecillo de nogales se tendía a sus pies descendiendo hasta el estanque.

—Recuerdo, como entre sueños —dijo Ganna sin apartar los ojos de él, que hace mucho, mucho tiempo..., cuando yo era muy pequeña aún y vivía en casa de mi madre..., contaban algo terrible sobre esa casa. Tú, Levko, seguramente lo sabes. ¡Cuéntamelo!

—Deja eso hermosa mía. ¡Las babas y la gente necia cuentan tantas cosas!... Oírlo te pondría inquieta, empezarías a tener miedo y no podrías dormir tranquila.

—¡Cuéntamelo, cuéntamelo, querido muchacho de las negras cejas! —dijo ella estrechando su rostro contra las mejillas de él y abrazándolo—. No.... por supuesto, no me quieres. Tienes otra joven. No tendré miedo. Dormiré tranquila por la noche. Cuando no dormiré es si no me lo cuentas. Me atormentaré y empezaré a pensar... ¡Cuéntamelo, Levko!

Por lo visto, bien dice la gente que en las muchachas hay un demonio que hostiga su curiosidad. Bueno... Escucha... Hace mucho tiempo vivía en esta casa un capitán de cosacos. El capitán tenía una hija. Una hermosa muchacha, blanca como la nieve. Como tu carita. Hacía mucho que la esposa del capitán había muerto y él pensó, por tanto, en casarse con otra. «¿Me mirarás como antes, padrecito, cuando tomes otra esposa?», preguntó su hija. «Sí, hija mía .. Y aún más fuerte que antes te estrecharé contra mi corazón. Sí, hija mía... Aún te regalaré más brillantes, collares y pendientes.» El capitán de cosacos trajo a su joven esposa a la nueva casa. Era sonrosada y blanca, pero miró de una manera tan terrible a su hijastra, que ésta lanzó un grito al verla, y la severa madrastra no le dirigió ni una sola palabra durante todo el día. Llegó la

noche. El capitán de cosacos se fue a dormir con su joven esposa a la alcoba, y la blanca niña se encerró también en su cuartito. Sentía gran amargura y se echó a llorar. En esto, vio que una espantosa gata negra se acercaba a ella furtivamente. Su pelo ardía y las férreas zarpas golpeaban el suelo. Presa de terror, la muchacha saltó sobre el banco, y la gata tras ella. Saltó otra vez al camastro, pero la gata la siguió, y de pronto se lanzó a su cuello y empezó a estrangularla. Con un grito la apartó de sí y la arrojó al suelo, pero la terrible gata volvió a avanzar furtivamente. Una gran congoja se apoderó de la muchacha.

De la pared colgaba el sable de su padre; lo cogió y descargó un golpe sobre la gata. Una de las patas con sus zarpas de hierro saltó y la gata desapareció con un chillido por un oscuro rincón. Durante todo el día no salió de su habitación la joven esposa del padre, pero al tercero apareció con una mano vendada, por lo que la pobre muchacha adivinó que su madrastra era una bruja y que ella le había cortado la mano. Al cuarto día ordenó el capitán de cosacos a su hija que trajera agua y barrera la jata como una simple campesina, prohibiéndole aparecer en los aposentos de los amos. Le era muy difícil a la pobrecita soportar todo esto, pero, ¿qué hacer? Cumplió la voluntad paterna. Al quinto día, el capitán de cosacos echó a su hija de la casa, descalza y sin darle siquiera un pedazo de pan para el camino. Sólo entonces empezó a sollozar la muchacha, cubriendo con las manos su blanco rostro. «¡Has hecho perderse a la hija de tu sangre, padre mío! ¡La bruja ha hecho perderse a tu alma pecadora!... ¡Que Dios te perdone!... Y en cuanto a mí, desdichada, por lo visto? no me ordena seguir en este mundo.» Y mira ahí...-dijo Levko, volviéndose hacia Ganna-. Mira. Ahí, más allá de la casa, hay un alto acantilado. Desde allí se arrojó al agua la muchacha, que desde entonces desapareció del mundo.

—¿Y la bruja? —preguntó con aire asustado Ganna mirándole con ojos llenos de lágrimas.

—¡La bruja!... Las viejas han inventado que a partir de ese tiempo todas las noches de luna salen las ahogadas al jardín del capitán de cosacos a calentarse bajo los rayos de la luna y que la hija de éste va a la cabeza de ellas. Una noche vio a su madrastra junto al estanque. Se abalanzó sobre ella y la arrastró con un grito hacia el agua, pero la bruja también aquí encontró su recurso. Se transformó debajo del agua en una de las ahogadas, y mediante este procedimiento se salvó de ser golpeada con verdes juncos por las demás. ¡Vete tú a creer a las babas!... Cuentan también que la hija del capitán de cosacos reúne todas las noches a las ahogadas y les mira una por una la cara, tratando de reconocer cuál de ellas es la madrastra, pero hasta ahora no ha podido saberlo. Y si cae en sus manos algún ser humano, le obliga en seguida a adivinarlo. En caso contrario, le amenaza con ahogarlo. ¡He aquí, mi Galiu, lo que cuenta la gente vieja!... El señor actual de esas tierras quiere construir ahí una bodega y ha enviado ex profeso a un vinicultor... Pero.... Oigo hablar... Son los nuestros, que han dejado ya sus cánticos. Adiós, Galiu; duerme tranquila y no pienses en esos cuentos de las babas.

Diciendo esto, Levko la abrazó con más fuerza, la besó y se fue.

—¡Adiós, Levko! —dijo Ganna, fijando pensativa los ojos en el oscuro bosque.

Una enorme, ígnea luna comenzó majestuosamente a ascender de la tierra. La mitad estaba aún debajo de ella y ya todo el mundo se había llenado de cierta solemne claridad. El lago se salpicó de chispas. La sombra de los árboles comenzó a distinguirse claramente de entre el oscuro verdor

—¡Adiós, Ganna! —se oyó decir a la espalda de la joven, y estas palabras fueron acompañadas de un beso.

—¿Has vuelto? —dijo Ganna volviéndose, pero al ver delante de sí un mozo desconocido le dio la espalda.

—¡Adiós, Ganna! —se oyó de nuevo, y otra vez alguien la besó en la mejilla.

¡Ya ha traído el diablo a otro!-dijo ella con enojo.

—¡Adiós, querida Ganna!

—¡Un tercero!

—¡Adiós! . . . ¡Adiós! . . . ¡Adiós, Ganna! . . . —y los besos llovieron sobre ella desde todas las direcciones.

—¡Pero si hay aquí toda una pandilla! —exclamó Ganna escapando a la multitud de mozos que se precipitaban a abrazarla—. ¿Cómo no se aburren de tanto besar?. . . ¡A fe mía que pronto no se podrá salir a la calle!

Después de estas palabras, la puerta se cerró ruidosamente y sólo se oyó correr con un chirrido el cerrojo de hierro.

II

El alcalde

¿Conocen ustedes la noche ucraniana?... ¡Oh!... ¡Ustedes no conocen la noche ucraniana! ¡Fíjense bien en ella!... Desde el centro del cielo mira la luna. La inmensa bóveda celeste se ha dilatado y es más que infinita. Arde y respira. La tierra está toda cubierta de una luz plateada y el aire maravilloso es como un fresco bochorno: está lleno de languidez y mueve un océano de perfumes. ¡Noche divina!... ¡Noche encantadora!... Quietos.... inspirados están los bosques llenos de tinieblas, arrojando una inmensa sombra. Tranquilos y callados son estos estanques. El frío y la tiniebla de sus aguas se han encerrado hurañamente entre los muros verde oscuro de los jardines. Las vírgenes frondas de las acacias y de los cerezos tienden temerosamente sus raíces hacia el helado manantial, y de vez en cuando balbucean con sus hojas, enojándose e indignándose, al parecer, cuando el hermoso voluble, el viento nocturno, después de acercarse a hurtadillas, las besa. Todo el paisaje duerme. Arriba, todo respira, todo es divino, todo es solemne. Y en el alma, todo es infinito y maravilloso. Y multitud de apariciones plateadas surgen armoniosamente en su profundidad. ¡Noche divina!... ¡Noche encantadora! De repente todo resucita. Los bosques, los estanques y la estepa. Se vierte el majestuoso trueno del ruiseñor ucraniano y parece que hasta la luna se ha quedado escuchando en el centro del cielo... Como

hechizada duerme la aldea sobre la colina. Es más blanca, y más brillante aún a la luz de la luna, la infinitad de jatas cuyos bajos muros se destacan en la sombra con una claridad más deslumbrante aún. Las canciones han callado. Todo está quieto. Los hombres devotos duermen ya. En alguna que otra ventana angosta hay luz todavía. Solo junto a la puerta de la jata cena tardíamente alguna familia retrasada.

—Sí..., pero el hopak no se baila así. Ya me parecía a mí que salía bien... ¿Y qué cuenta e compadre?... ¡Anda! ¡Vamos a ver! ¡Hop, tralá! ¡Hop, tralá!... ¡Hop! ¡Hop! ¡Hop!...!

Así hablaba consigo mismo un mujik de edad mediana, bastante achispado, mientras bailaba por la calle.

—¡A fe mía que no es así como se baila el hopak! ¡Para qué voy a mentir! ¡A fe mía que no es así! Vamos a ver... ¡Hop, tralá! ¡Hop, tralá! ¡Hop! ¡Hop! ¡Hop!...!

—¡Mira!... ¡Se ha vuelto tonto el hombre! Todavía si fuera mozo. . . ¡Lo que es un viejo carnero..., un hazmerreír de los niños cuando baila por la noche en la calle! —exclamó una mujer de edad que llevaba paja en las manos—. ¡Vete a tu jata! ¡Ya hace tiempo que es hora de dormir!

—Iré —dijo parándose el mujik—. Iré. No haré caso de cualquier alcalde. ¿Qué se imagina él? ¿Que porque sea alcalde y eche agua fría a la gente cuando está helando, puede levantar las narices? ¡Si es alcalde, que lo sea! ¡Yo soy el alcalde de mí mismo! ¡Que me castigue Dios! ¡Que Dios me castigue! ¡Yo soy el alcalde de mí mismo! Eso es... Y no es que... —continuó acercándose a la primera jata, y parándose delante de la ventana sobre cuyos vidrios dejó resbalar los dedos tratando de encontrar el picaporte.

—¡Abre, baba! ¡Baba! Más de prisa, te digo... ¡Abre! Ya es hora de que el cosaco se acueste.

—¿Adónde vas, Kalenik? Has topado con una jata que no es la tuyagritaron riendo a sus espaldas las muchachas que volvían de cantar sus alegres canciones—. ¿Quieres que te enseñemos dónde está tu jata?

—Enseñádmela, amables mozas.

—Amables mozas..., ¿lo oyen ustedes? —dijo una—. ¡Qué respetuoso está Kalenik! En recompensa tenemos que enseñarle su jata. Pero no... Primero, tienes que bailar.

¿Bailar?... ¡Ay, qué muchachas tan traviesas! -dijo arrastrando las palabras Kalenik, riendo o amenazándolas con el dedo y tambaleándose, pues sus piernas no podían sostenerle en el mismo sitio-. ¿Y me dejaréis que os bese? A todas, tengo que besaros. . ., a todas-y con pies inseguros se echó a correr tras ellas. Las muchachas se pusieron a chillar, produciendo entre sí una gran confusión, pero después, al ver que Kalenik no tenía los pies muy ágiles, corrieron al otro lado de la calle.

—¡Ahí está tu jata! —le gritaron, alejándose y señalándole una jata bastante más grande que las otras y que pertenecía al alcalde del pueblo. Kalenik se encaminó obediente hacia ella, volviendo a injuriar a aquel.

¿Qué alcalde era ese que promovía unos rumores tan desventajosos para su persona ? ¡Oh !.... ¡Ese alcalde era una persona importante en el pueblo!

Mientras Kalenik llega al final de su camino, nosotros, sin duda alguna, tendremos tiempo de decir algo respecto de él. Que todo el pueblo, al verle, se quita el gorro para saludarlo, y que las muchachas, las más jovencitas, le dan los buenos días. ¿Quién de los mozos del pueblo no hubiera querido ser alcalde? El alcalde tiene paso libre en todas las tabernas y el robusto mujik guarda una actitud respetuosa cuando el alcalde hunde sus gruesos y toscos dedos en la tabaquera. En las reuniones del Consejo Comunal, a pesar de que su poder está limitado por varios votos, el alcalde siempre se sale con la suya y envía, casi a su antojo, a quien le da la gana a apisonar caminos o a cavar zanjas. El alcalde es huraño, de aire severo, y no le gusta hablar mucho. Hace muchísimo tiempo, cuando la gran zarina Catalina, de amada memoria, fue a Crimea, el alcalde había sido incluido en su escolta, desempeñando durante dos días este cometido y hasta teniendo el honor de ir sentado en el pescante junto al cochero de la zarina. Desde entonces había aprendido a bajar la cabeza con aire importante y meditabundo, a atusarse los largos y retorcidos bigotes y a mirar de soslayo con mirada de águila. Desde este tiempo, y fuera cual fuere el tema de la conversación, se las componía para recordar que había acompañado a la zarina montado sobre el pescante real. A veces gustaba de simular sordera, sobre todo cuando oía algo que no quería oír. Le resultaba insoportable la afectación en el vestir. Usaba siempre una casaca de paño negro de confección casera, se ceñía con un cinturón de lana de color y nadie le había visto nunca con otras prendas, salvo en tiempos del viaje imperial a la Crimea, en el cual luciera un kaftán cosaco de color azul. Pero estos tiempos apenas si los recordaba alguien en el pueblo, y en cuanto al kaftán, estaba guardado en el baúl bajo llave. El alcalde era viudo, pero en su casa vivía una cuñada suya que le preparaba la comida, la cena, fregaba los bancos, blanqueaba la jata, le tejía las camisas y gobernaba toda la casa. En el pueblo se decía que aquella mujer no era su cuñada, pero ya hemos visto que el alcalde tenía muchos enemigos que gustaban de difundir toda clase de calumnias. Quizá la razón de este rumor residiera en que a la cuñada no le gustaba mucho que el alcalde fuera al campo cuando estaba lleno de segadoras, o que visitara la casa de un cosaco si éste tenía una hija joven. El alcalde era tuerto; pero su ojo solitario era pícaro y capaz de descubrir desde lejos a una aldeana bonita. La linda carita se fijaba en si a su alrededor estaba la cuñada. Ya hemos contado todo lo necesario con referencia al alcalde, y el borracho Kalenik no ha llegado aún a la mitad de su camino desde el que todavía, durante mucho tiempo, ha seguido brindándole cuantos epítetos puede proferir su lengua torpe y perezosa.

III

Un rival inesperado.-la conspiración

—No, muchachos no., no quiero. ¿Qué francachela es esa? ¡Cómo no estáis aburridos de juergas? ¡Ya sin esto, sabe Dios qué fama de pendencieros tenemos! ¡Idos a dormir! Mejor será —así habló Levko a sus bulliciosos compañeros, que lo incitaban a nuevas travesuras—. Adiós, hermanos.

¡Que paséis buena noche!-y se alejó de ellos por la calle con rápidos pasos.

«¿Estará durmiendo mi Ganna de los ojos claros?», pensó, acercándose a la jata de los guindos que ya conocemos. En el silencio se oyó de pronto un rumor de palabras en voz baja. Levko se detuvo. Entre los árboles divisóse el blancor de una camisa. «¿Qué significa esto?», pensó, y acercándose a hurtadillas se escondió detrás de un árbol. Bajo la luz de la luna resplandecía el rostro de la muchacha que estaba ante él... ¡Era Ganna! Pero ¿quién era aquel hombre alto que le daba la espalda? En vano se esforzaba por identificarle. La sombra le cubría de los pies a la cabeza. Por delante solamente la luna le iluminaba un poco, pero el más leve paso de Levko exponía a éste a la desagradable posibilidad de ser descubierto. Arrimándose silenciosamente al árbol, decidió permanecer donde estaba. La muchacha pronunció claramente su nombre.

—¿Levko?... Levko es todavía un mocoso —dijo el hombre de alta estatura—. Si lo encuentro alguna vez en tu casa, lo sacaré de ella arrastrándole por el tupé...

—Me gustaría saber quién es este imbécil que se jacta de poder arrastrarme por el tupé —dijo en voz baja Levko, estirando el cuello y procurando no perder una sola palabra. Pero el desconocido seguía hablando en voz tan baja que no se podía oír nada.

—No tienes vergüenza —dijo Ganna al terminar aquel—. Mientes. Me engañas. No me quieres. ¡Nunca creeré que me amas!

—Lo sé —prosiguió el hombre de alta estatura—, Levko te ha dicho muchas tonterías y te ha mareado la cabeza con ellas—. Aquí, al mozo, le pareció que la voz del desconocido le era algo familiar y que la había oído en alguna parte—. Pero ya le haré ver yo a Levko... —continuó en el mismo tono el desconocido—. Él cree que no estoy al tanto de todos sus enredos. Pero yo le haré probar a ese hijo de perro lo que son mis puños.

Al oír estas palabras, Levko no pudo seguir conteniendo su ira. Acercándose tres pasos al desconocido, levantó el puño para descargarlo, con tal fuerza, que de haberlo hecho, el hombrón, a pesar de su visible robustez, se hubiera desplomado. En este momento la luna iluminó su cara y Levko quedó petrificado al ver que tenía delante a su propio padre. Sólo moviendo la cabeza y silbando ligeramente entre dientes pudo manifestar su asombro. Cerca se oyó un crujido y Ganna entró precipitadamente en la casa, cerrando la puerta con un portazo.

—¡Adiós, Ganna! —gritó en este momento uno de los mozos acercándose a hurtadillas y abrazando al alcalde para saltar después, sobresaltado, al tropezar con unos hirsutos bigotes.

—¡Adiós, hermosa! —gritó otro. Pero esta vez le derribó al suelo un empujón del alcalde.

—¡Adiós, adiós, Ganna! —gritaron varios mozos, colgándose del cuello de aquel.

—¡Que les lleve el diablo..., malditos granujas! —gritó el alcalde, zafándose de ellos y pateando el suelo—. ¿Qué es eso de tomarme por Ganna?... ¡Váyanse con sus padres a la horca..., hijos del diablo! Se me han pegado como las abejas a la miel. ¡Ya les daré yo Ganna!

—¡Es el alcalde! ... ¡El alcalde! ... ¡El alcalde! —gritaron los mozos, dispersándose por todos lados.

—¡Vaya con mi padre!... —dijo Levko, recobrándose de su asombro y siguiendo con la mirada al alcalde, que se alejaba profiriendo juramentos—

¡Mira las travesuras que tiene! Muy bonito. . . ¡Y yo no hago más que cavilar, y me asombro de que finja sordera cuando le hablo de mi asunto!. . . ¡Espera un poco, viejo alcornoque! . . . ¡Ya te enseñaré yo a rondar bajo las ventanas de las muchachas! ¡Ya te enseñaré a quitar las novias ajenas! ¡Eh..., eh! ... ¡Muchachos, aquí!-gritó haciendo señales con la mano a los mozos, que habían vuelto a reunirse en tropel-. ¡Venid acá! Os aconsejé antes que fuerais a dormir, pero ahora estoy dispuesto a seguir la francachela, aunque sea toda la noche.

—¡Eso está bien! —dijo un mozo gallardo y fortachón, considerado el primero de los juerguistas y bullangueros del pueblo—. ¡Todo>

Transfer interrupted!

igo divertirme a mis anchas y hacer jugarretas! Es como si a uno le faltara algo. Como si se le hubiera a uno perdido el gorro o la pipa. En una palabra, como si no se fuera un cosaco.

—¿Estáis dispuestos a enfurecer hoy debidamente al alcalde?...

—¡Al alcalde!

—Sí, al alcalde. ¿Qué se habrá creído ese hombre, en fin de cuentas? Nos maneja como si fuera un hetman. No sólo nos trata como si fuésemos sus criados, sino que se arrima a nuestras muchachas. Me parece que en todo el pueblo no hay una sola muchacha bonita a la cual no haya hecho la corte.

—¡Así es!... ¡Así es! —gritaron todos los mozos a una sola voz—. ¿Somos, acaso, muchachos, unos criados? ¿Es que no somos de la misma casta que él? A Dios gracias, somos cosacos libres. ¡Demostrémosle, muchachos, que somos cosacos libres !

—¡Demostrémoselo! —gritaron los mozos.

—¡Y no sólo al alcalde, sino tampoco perdonaremos al escribano del Ayuntamiento!

—¡No perdonaremos al escribano!

—Y a mí, como a propósito, se me acaba de ocurrir una bonita canción sobre el alcalde. ¡Vengan! Se la enseñaré —continuó Levko, rasgueando las cuerdas de la bandurria—. Y escuchénme. . . ¡Disfrácenme de lo que les venga en gana!

—¡Juerga..., cabeza de cosaco! —dijo un robusto parrandista, chocando los talones y dando una palmada—. ¡Qué hermosura! ¡Qué libertad! Cuando uno empieza a hacer diabluras se diría

que recuerda tiempos pasados. Uno se encuentra a gusto; el corazón se ensancha y el alma parece estar en el paraíso. ¡Vamos, muchachos! ¡Que empiece la juerga!...

Y la turba se lanzó ruidosamente por las calles, mientras las viejas devotas, despertadas por los gritos, abrían las ventanas y se santiguaban con soñolientas manos, diciendo:

—¡Vaya! ¡Ya empezó la juerga de los mozos!

IV

Los mozos van de juerga

Sólo una jata estaba iluminada aún en el extremo de la calle. Era la vivienda del alcalde. Hacía tiempo que éste había terminado su cena y, sin duda, hacía mucho que hubiera quedado dormido si no fuera porque en este momento tenía un visitante: el vinicultor enviado para construir un lagar para el terrateniente de los cosacos libres, poseedor de una parcela de tierra. En el sitio de honor estaba sentado el huésped; un hombrecito bajo, regordete, de ojos pequeños y eternamente rientes, en los que aparecía escrito el gusto con que fumaba su pipa cortita, escupiendo a cada momento y aplastando con el dedo el tabaco que salía de ella convertido en ceniza. Nubes de humo crecían rápidamente sobre él revistiéndolo de una niebla parda. Parecía como si la ancha chimenea de un hogar, aburrida de permanecer sentada sobre su tejado, hubiera tenido la idea de salir de paseo y de sentarse con aire solemne a la mesa del alcalde. Bajo la nariz del visitante asomaban los bigotes cortos y espesos, pero se divisaban tan vagamente entre la atmósfera de tabaco, que parecían ratones atrapados por el vinicultor, que los sostenía en su boca violando el monopolio del gato color de ámbar. El alcalde, como amo de la casa, vestía solamente una camisa y bombachos de hilo. Su ojo de águila, cual el sol de la tarde, comenzaba a pestañear y a apagarse. Al extremo de la mesa fumaba su pipa uno de los guardias del pueblo que formaban el cuerpo a las órdenes del alcalde y que se hallaba sentado con la casaca por respeto al dueño de la casa.

—¿Piensa usted instalar pronto su lagar? —dijo el alcalde, volviéndose hacia el vinicultor y haciendo una cruz sobre su boca, que bostezaba.

—Puede que, con la ayuda de Dios, empecemos este otoño. Para la fiesta de la Asunción estoy dispuesto a apostar Dios sabe qué si el señor alcalde no hace eses con los pies por el camino.

Al pronunciar estas palabras los ojillos del vinicultor desaparecieron y en su lugar se extendieron unas rayas hasta las mismas orejas. Todo su cuerpo empezó a temblarle risa y los alegres labios abandonaron por un momento la pipa humeante.

—¡Dios lo haga! —dijo el alcalde mostrando en su cara algo semejante a una sonrisa—. Ahora gracias a Dios hay todavía pocos lagares. En cambio en otros tiempos cuando yo acompañaba a la zarina por el camino de Pereiaslav el difunto Besborodko. . .

—¡Yaya amigo... qué tiempos recuerdas! Entonces desde Kremenchug hasta los mismos Romen no había siquiera dos lagares. Y ahora... ¿Has oído lo que inventaron los malditos alemanes? Dicen que pronto no llenarán el horno con leña como todos los honrados cristianos sino con no sé qué vapor del diablo. Y diciendo estas palabras el vinicultor miró pensativo la mesa y a sus manos extendidas sobre ella.

—¿Cómo pueden hacer esto con el vapor?... ¡A fe mía que no lo sé!

—¡Qué tontos son esos alemanes Dios me perdone! —dijo el alcalde—. Y padrecito, a esos hijos de perro... ¿Dónde se ha oído que se pueda hervir algo con el vapor?... ¡No puede uno llevarse a la boca una cucharada de borsch sin quemarse los labios!

—¿Y tú compadre? —intercaló la cuñada sentada con los pies encogidos en el camastro—. ¡Tú viviendo todo ese tiempo sin tu esposa!

—¿Y para qué la necesito? ¡Otra cosa sería si se tratara de algo bueno!

—¡Como si no fuera bastante bonita! —dijo el alcalde fijando sus ojos en él.

—¡Qué ha de serlo!... Es vieja como un diablo. Tiene una cara arrugada como un portamonedas vacío.

Y el pequeño almacén del vinicultor se conmovió de nuevo bajo el peso de una sonora risa.

En este momento se oyó cómo alguien tanteaba en la puerta. Ésta se abrió y entró un mujik que sin quitarse el gorro franqueó el umbral y se quedó parado en el centro de la jata boquiabierto y pensativo mirando al techo. Era nuestro conocido.

—¡Heme por fin en casa! —dijo sentándose en un banco junto a la puerta y sin prestar la menor atención a los presentes—. ¡Qué largo me hizo el camino Satanás. . . ese hijo del enemigo! ¡Caminaba... caminaba y nunca veía el fin! Parecía que alguien me había roto las piernas. ¡Alcánzame la zamarra baba. Algo para estar más cómodo. No subiré al camastro sobre la estufa... ¡A fe mía que no subiré! Me duelen las piernas. ¡Alcánzame la zamarra! Está ahí cerca de la pared. Cuida solamente de no volcar la olla de tabaco picado. ¡Ah no! Mejor será que no la toques. Pudiera ser que hoy estuvieras borracha... Más vale que la agarre yo mismo.

Kalenik se incorporó un poco pero una fuerza invencible lo encadenó al banco.

—¡Esto me gusta! —dijo el alcalde—. ¡Viene a una jata ajena y da órdenes como si fuera propia ¡Sacadlo de aquí sin más contemplaciones!

—¡Déjalo descansar compadre! —dijo el vinicultor reteniendo al otro por la mano—. Es un hombre útil. Si hubiera más gente como ésta, nuestro lagar marcharía muy bien.

Pero no era la benevolencia la que inspiraba estas palabras. El vinicultor creía en todas las supersticiones y el hecho de expulsar sin compasión a un hombre que ya se había sentado en un banco significaba para él atraer la desgracia.

—¡Eso es lo que pasa cuando llega la vejez! —gruñó Kalenik desde su asiento—. ¡Todavía se podría decir algo si yo estuviera borracho!..., pero no, no estoy borracho. A fe mía que no estoy borracho. ¿Para qué voy a mentir? Estoy dispuesto a declararlo ante el mismo alcalde. Pero

¡qué me importa el alcalde! ¡Que reviente ese hijo de perro! ¡Escupo sobre él! ¡Que le aplaste una carreta a ese demonio tuerto!... ¡Pensar que echa agua fría a las gentes en pleno invierno para castigarlas!...

—¡Vaya!... ¡No sólo se metió el cerdo en la jata sino que puso las patas encima de la mesa! —dijo el alcalde, levantándose furioso de su sitio. Pero en este momento una pesada piedra, haciendo añicos la ventana, voló hasta sus propios pies. El alcalde se detuvo—. ¡Si yo supiera quién es el bromista que ha tirado esa piedra, le daría una buena lección! ¡Vaya con las travesuras! —continuó, mirando la piedra en su mano, con ojos ardientes—. ¡Ojalá se atragante con ella!

—¡Para, para! ¡Que Dios te guarde, compadre! —exclamó el vinicultor palideciendo—. ¡Que Dios te guarde en este y en el otro mundo! ¡Desear semejante cosa!...

—¡Miren qué defensor ha encontrado! ¡Que reviente ese!...

—¡Ni lo pienses, compadre! Tú no sabes seguramente lo que le ocurrió a mi difunta suegra.

—¿A tu suegra?

—Sí, a mi suegra. Una noche, quizá algo más temprano que ahora, se habían sentado a cenar la difunta suegra, el difunto suegro, dos trabajadores y unos cinco niños. La suegra separó algunos galuschki (1) y los puso en un recipiente para que se enfriaran, pero después del trabajo todos tenían mucha hambre y no querían esperar, por lo que, pinchándolos con largos palillos de madera, se pusieron a comerlos. De pronto, no sé de donde, apareció un hombre que no se sabía quién era, pidiendo que le dejaran comer también. ¿Cómo no habían de dar de comer a un hambriento?... Le dieron un palillo, pero el visitante empezó a comer galuschki como una vaca el heno. Mientras ellos comían una galuschka y bajaban el palillo en busca de otra, se encontraban con que el fondo estaba liso como el piso de la casa de un señor. La suegra trajo más galuschki, pensando que el visitante se habría hartado y comería menos. Nada de eso. Todavía con más ganas, empezó a zamparlas, vaciando también la otra fuente. «Ojalá te atragantes con estas galuschki», pensó la hambrienta suegra. Y en aquel momento, el invitado se atraganto y cayó al suelo. Todos se precipitaron hacia el, pero ya había muerto. Se había atragantado...

—Eso es lo que merecía el maldito glotón —dijo

—Sí..., pero las cosas no fueron bien después. Desde ese tiempo la suegra no volvió a tener tranquilidad. Tan pronto como caía la noche, aparecía el muerto. Se sentaba sobre la chimenea el maldito sujetando una galuschka entre los dientes. De día todo estaba tranquilo y no se oía hablar de él, pero tan pronto caía el crepúsculo, miraba uno al tejado y veía a ese hijo de perro montado sobre la chimenea...

—¿Con una galuschka entre los dientes?

—Sí. Con una galuschka entre los dientes.

—¡Qué prodigio, compadre! Yo he oído contar algo parecido a la difunta zarina...

Aquí el alcalde separó. Bajo la ventana se oyó el ruido y el taconeo de gente que bailaba. Primeramente resonaron, suaves, las cuerdas de la bandurria, a las que se unió una voz. Luego sonaron más fuertes, y otras voces empezaron a acompañarla. De pronto una canción prorrumpió como un torbellino:

Mozos, ¿sabéis que el alcalde ha perdido y busca en balde tornillos de su cabeza, por lo que esta no endereza?... ¡Compónsela, tonelero con fuertes flejes de acero!

Es diablo viejo y canoso, tuerto, tonto y caprichoso; tras las mozas corre necio sin importarle el desprecio.

¡Tonto, tonto! ¿ Es que querías con los mozos competir, cuando ya sólo podrías a la sepultura ir?

¡Venid, muchachos, cojámosle por el cuello y el cogote! ¡Agarrémosle! ¡Agarrémosle por el tupé y el bigote!

—Bonita canción, compadre... —dijo el vinicultor, ladeando un poco la cabeza y dirigiéndose al alcalde, que se había quedado atónito ante tamaña insolencia—. Bonita... Lo único que tiene de malo es que alude al alcalde en términos poco corteses —y el vinicultor volvió a colocar las manos sobre la mesa con una expresión de dulce emoción en los ojos y disponiéndose a seguir escuchando, ya que bajo la ventana estallaban risas y gritos de «¡Más, más!». Sin embargo, un ojo penetrante hubiera podido advertir en seguida que no era el asombro lo que retenía al alcalde en su sitio. Su actitud era la del viejo gato experimentado al dejar que se le acerque al rabo un inexperto ratón mientras traza rápidamente el plan para cortarle la retirada a su escondite. Su único ojo estaba fijo aún en la ventana y ya su mano, que había hecho una señal al guardia, se apoyaba en el picaporte de madera de la puerta, cuando de repente, en la calle, estalló un griterío. El vinicultor, entre cuyos numerosos méritos figuraba la curiosidad, después de haber llenado su pipa de tabaco, salió corriendo a la calle, pero los traviesos mozos se habían dispersado ya.

—¡No! ¡No te me escaparás! —gritaba el alcalde, arrastrando de la mano a un hombre vestido con una zamarra vuelta del revés. El vinicultor, aprovechando el tiempo, se acercó corriendo para mirar la cara de aquel perturbador de la paz, pero retrocedió tímidamente al ver una larga barba y una careta espantosamente pintarrajeada

—¡No!... ¡No te me escaparás! —gritaba el alcalde, mientras continuaba arrastrando a su prisionero hacia la jata; éste, no sólo no oponía la menor resistencia, sino que le seguía tranquilamente, como si se dirigiese a su propia casa— ¡Karpo, abre el granero! —dijo el alcalde al guardia—. Le pondremos en el granero oscuro. Después despertaremos al escribano, reuniremos a los demás guardias, atraparemos a todos los alborotadores y hoy mismo dictaremos una resolución.

El guardia hizo tintinear un pequeño candado y abrió el granero. En este momento el prisionero, aprovechando la oscuridad y haciendo uso de una fuerza extraordinaria, escapó de sus manos.

—¿Adónde vas? —gritó el alcalde, agarrándolo más fuerte del cuello.

—¡Déjame, soy yo! —se oyó decir a una voz atiplada.

—¡No te valdrá..., no te valdrá, hermano! Ya puedes chillar si quieres con voz de diablo..., no sólo con la de una baba, que no me engañarás —y lo empujó hacia el oscuro granero con tal violencia que nuestro pobre prisionero gimió al caer al suelo mientras el alcalde, acompañado por el guardia, se encaminaba a la jata del escribano y tras ellos, como un barco, marchaba con su pipa humeante el vinicultor.

Iban los tres con aire meditabundo, cuando he aquí que de pronto, al doblar una oscura esquina, lanzaron todos a un tiempo un grito al sentir un fuerte golpe en la frente, grito al que respondió otro, proferido por alguien que venía en dirección contraria, cuya cabeza había sido causa del choque. El alcalde, guiñando su único ojo con extrañeza, vio al escribano, acompañado de dos guardias.

—Yo iba a tu casa, escribano.

—Y yo a la de tu merced, alcalde.

—Están pasando cosas raras, amigo escribano.

—Cosas raras, amigo alcalde. ¿Qué ocurre?

—¡Los mozos de la aldea se han vuelto locos! Andan en tropel por la calle cometiendo toda clase de fechorías... A tu merced le llaman con unos nombres que da vergüenza repetirlos. Un soldado borracho tendría miedo de decirlos con su impía lengua.

El delgaducho escribano, que vestía unos bombachos de colores abigarrados y un chaleco del tono de la levadura del vino, acompañó estas palabras con el movimiento de su cuello, estirándolo y volviéndolo al instante a su posición anterior.

Yo ya me había dormido un poco, pero esos malditos granujas me obligaron a levantarme de la cama con sus insolentes canciones y su ruido. Quise meterlos bien en vereda, pero mientras que me puse los bombachos y el chaleco, se escaparon todos por donde pudieron. El principal de ellos, eso sí, no se escapó. Está ahora canturreando en la propia jata en que se mete a los cautivos. Ardía en deseos de saber quién era este pájaro, pero tiene la cara pintarrajeada con hollín como un diablo que forja clavos para los pecadores.

—¿Y cómo va vestido, amigo escribano?

—Ese hijo de perro lleva puesta una zamarra negra vuelta del revés, amigo alcalde.

—¿Y no estarás mintiendo, amigo escribano? ¿Qué dirías si supieras que ese pillo está ahora metido en mi granero?

—No, amigo alcalde. Tú mismo, con perdón sea dicho, has mentido un poco.

—¡Venga una luz! Lo veremos.

Trajeron la luz, abrieron la puerta y el alcalde lanzó un grito de asombro al ver ante sí a su cuñada.

—Dime, por favor... —con estas palabras le abordó ella—. ¿No habrás perdido completamente el seso? ¿En tu cabezota de un solo ojo quedaba una sola gota de juicio cuando

me empujaste a este oscuro granero? ¡Por suerte no me pegué en la cabeza con ese gancho de hierro! ¿Acaso no te estaba gritando que era yo?... Me agarraste, maldito oso, con tus manazas de hierro y me empujaste.

—¡Ojalá te empujen los demonios en el otro mundo!

Las últimas palabras de ella fueron pronunciadas ya en la calle, adonde la conducían motivos particulares.

—Sí. Ya veo que eres tú —dijo el alcalde, recobrándose—. ¿Qué dices, amigo escribano? ¿No es un canalla este granuja?

Un canalla, amigo alcalde.

—¿No habrá llegado todavía el tiempo de dar una lección a estos malditos juerguistas y de obligarlos a trabajar?

Hace mucho que ha llegado, hace mucho que ha llegado, amigo alcalde.

—Los muy estúpidos se han creído... ¡Diablos!... Me pareció oír gritar a mi cuñada en la calle. Los muy estúpidos se han creído que yo soy su igual. Creen que soy cualquiera de sus hermanos. ¡Un vulgar cosaco!... —La tosecilla que siguió a estas palabras y el fijar de soslayo la mirada a su alrededor dieron a entender que el alcalde se disponía a hablar de algo importante—. En el año mil... (*estos malditos nombres de años no puedo pronunciarlos aunque me maten*). Bueno..., en el año en que el comisario de entonces, Ledach, recibió la orden de elegir al más inteligente de entre los cosacos... ¡Oh! ... (*Este «¡Oh!» lo dijo el alcalde levantando el dedo.*) ¡Al más inteligente!... para que escoltara a la zarina... Entonces yo...

—¡Para qué hablar! ... ¡Eso lo saben todos ya, amigo alcalde! ¡Todos saben que mereciste el favor de la zarina! ¡Pero confiesa ahora que era yo quien tenía razón... Te echaste un pecado en el alma diciendo que habías atrapado a ese pícaro de la zamarra vuelta!

—En cuanto a ese demonio de la zamarra vuelta... A ese hay que encadenarle y castigarle como es debido. ¡Que sepan lo que es la autoridad! ¿Quién ha designado al alcalde más que el zar? Después nos ocuparemos de los demás mozos. No he olvidado cómo esos malditos tunantes hicieron entrar en mi huerto una piara de cerdos que me devoraron todas las coles y pepinos. No he olvidado cómo esos hijos del diablo se negaron a moler mi harina... No he olvidado... Pero bueno..., al cuerno con ellos. Lo que necesito saber es quién es ese canalla de la zamarra del revés.

—Por lo visto, un pájaro de cuenta —dijo el vinicultor, cuyas mejillas en el transcurso de toda aquella conversación se cargaban como un cañón de guerra, y cuyos labios, abandonando la corta pipa lanzaban torrentes de humo—. Un hombre como ese no estaría de más en un lagar..., aunque lo mejor sería colgarlo de lo alto de un roble, igual que un incensario.

Esta agudeza no le pareció tonta del todo al vinicultor, que resolvió al instante premiarla con una ronca risa, sin esperar la aprobación de los demás.

En este momento llegaban a una pequeña jata casi hundida en la tierra. La curiosidad de nuestros viajeros fue en aumento. Todos se agolparon a la puerta. El escribano sacó la llave, que

tintineó contra la cerradura. Pero era la llave de su baúl. La impaciencia fue creciendo. Metiendo la mano empezó a hurgar y a proferir juramentos al no encontrarla.

—Aquí está —dijo por fin inclinándose y sacándola del fondo de un holgado bolsillo del que estaban provistos sus abigarrados bombachos. Al oír estas palabras, los corazones de nuestros valientes parecieron fundirse en uno solo, y este inmenso corazón empezó a latir con tanta fuerza, que su irregular latido no pudo ser disimulado ni siquiera por el ruido del candado al caer. La puerta se abrió y...

El alcalde se quedó pálido como un cirio. El vinicultor sintió frío y su cabello pareció querer volar al cielo. El espanto se dibujó en el rostro del escribano, y los guardias quedaron clavados al suelo sin poder cerrar las bocas, que habían abierto simultáneamente. Ante ellos estaba la cuñada. No menos asombrada que todos, ésta se recobró un poco e hizo además de acercárseles.

—¡Quieta! —gritó con voz salvaje el alcalde, cerrando de un golpe la puerta—. ¡Señores..., es Satanás! —continuó—. ¡Fuego!... ¡Que hagan pronto fuego! ¡No tendré piedad de esta jata aunque sea del Estado! ¡Quémenla! ... ¡Quémenla! ¡Que no queden sobre la tierra ni siquiera los huesos del diablo!

La cuñada gritaba espantada al oír tras la puerta esta amenazadora decisión.

—¡Qué ocurrencia, hermanos! —dijo el vinicultor—. Tienen ustedes el cabello, a Dios gracias, del color de la nieve y todavía les falta el juicio. Con el fuego corriente no puede quemarse a una bruja. Solo el fuego de una pipa puede hacer arder la hoguera. ¡Esperad! ... Ahora mismo lo arreglaré yo todo —al decir estas palabras el vinicultor echó la ceniza caliente de su pipa sobre un montón de paja y empezó a soplar sobre ella. La desesperación dio en este momento ánimos a la pobre cuñada, que empezó a suplicar con voz sonora y a tratar de convencerles de que estaban equivocados.

—¡Esperad, hermanos! ... ¿Por qué hemos de pecar sin necesidad? Puede que no sea Satanás —dijo el escribano—. Si aquello..., quiero decir lo que está metido ahí..., consiente en santiguarse será señal segura de que no es un diablo.

La proposición fue aceptada.

—¡Apártate, Satanás! —continuó el escribano acercando los labios a una hendidura de la puerta—. Si no te mueves de ahí, te abriremos. La puerta se abrió.

—¡Santíguate! —dilo el alcalde, mirando hacia atrás como escogiendo el sitio donde ponerse a salvo en caso de retirada.

La cuñada se santiguó.

—¡Qué diablos!... Es exacto. Es la cuñada.

—¿Qué fuerza maléfica te arrastró a este cubil, comadre?

Aquí la cuñada contó sollozando cómo los mozos la habían cogido en la calle y, a pesar de su resistencia, bajado por la ancha ventana de la jata clavando sobre ésta un postigo. El

escribano miró; efectivamente, los goznes del postigo habían sido arrancados y este estaba solo clavado arriba por medio de un taco de madera.

—¡Bueno estás tú, Satanás de un solo ojo! —exclamó la cuñada avanzando hacia el alcalde, que retrocedía un poco y seguía observándola—. ¡Ya he visto tus planes! ¡Querías..., hubieras estado contento si hubieras podido quemarme! ¡Para poder perseguir con más libertad a las mozas! ¡Para que nadie pudiera ver las tonterías de un abuelo canoso! ¿Crees que no sé lo que hablabas anoche con Ganna? ¡Oh..., yo lo sé todo! ¡No es fácil engañarme... y no será tu cabeza hueca la que pueda hacerlo! ¡Yo aguanto mucho tiempo; pero luego... no te quejes!

Diciendo estas palabras le mostró el puño y se fue rápidamente, dejando petrificado al alcalde.

—Sí... Aquí el diablo ha intervenido y de firme —pensó éste, rascándose con fuerza la cabeza.

—¡Lo hemos cogido! —gritaron los guardias que entraban en este momento.

—¿A quién habéis cogido? —preguntó el alcalde.

—Al diablo de la zamarra del revés.

—¡A verle! —gritó el alcalde, agarrando de las manos al cautivo recién traído—. ¡Estáis locos!... ¡Este es el borracho Kalenik!

—¡Qué fastidio! Le hemos tenido en nuestras manos, señor alcalde, pero en el callejón nos rodearon esos malditos mozos que empezaron a bailar, a sacarnos la lengua y arrancárnoslo... ¡Al diablo con ellos! Cómo hemos pescado a este cuervo en vez de al otro..., ¡solo Dios lo sabe!

—¡En mi nombre y en el de todos los vecinos, ordeno atrapar inmediatamente a ese bandido y asimismo a todos los que se encuentran en la calle! ¡Que me los traigan para ser juzgados!

—¡Perdónenos, señor alcalde! —exclamaron algunos, inclinándose hasta los pies.

—¡Si hubierais visto qué caras llevan! ¡Que Dios nos castigue si hemos visto jamás tan asquerosas caretas! ¡Dan tanto miedo, señor alcalde, que después de verlos, ninguna baba se atreverá a echarnos perepoloj!

—¡Ya les daré yo a ustedes perepoloj. ¿Qué?... ¿No quieren obedecerme? ¡Seguro que ustedes les apoyan! ¡Son ustedes unos rebeldes! ¿Qué quiere decir esto? ¿Qué? ¿Un motín? ¡Ustedes!... ¡Ustedes!... ¡Les denunciaré al comisario! ¡Ahora mismo! ¿Me oyen? ¡Ahora mismo! ¡Corran! ¡Vuelen como pájaros, que les voy a...!

Todos se dispersaron corriendo.

V

La ahogada

Sin preocuparse de nada y menos de los perseguidores mandados en su busca, el culpable de toda esta conmoción se aproximaba lentamente a la vieja casa y al estanque. Creo inútil decir

que era Levko. Su negra zamarra estaba desabrochada, tenía el gorro en la mano y el sudor le caía a chorros. El bosque de álamos tenía un aspecto majestuoso y sombrío, e sólo su linde, que daba frente a la luna, estaba salpicada por un polvillo de plata. El estanque inmóvil exhaló su frescura sobre el fatigado caminante, obligándole a descansar en su orilla. Todo estaba silencioso. En la profunda espesura del bosque se oían solamente los arpegios del ruiseñor. Un invencible sueño empezó a cerrar sus ojos. Los cansados miembros estaban prontos a paralizarse. La cabeza se inclinó...

—No... No me dormiré aquí... —dijo Levko levantándose y restregándose los ojos. Miró a su alrededor. Algún extraño e inefable resplandor se mezclaba al brillo de la luna. Nunca había visto algo parecido. Sobre las cercanías flotaba una niebla de plata. Por toda la tierra se esparcía el olor de los manzanos en flor y de las flores de la noche. Con asombro contemplaba en las inmóviles aguas del estanque la vieja casa señorial. Veíala invertida en las límpidas aguas con cierta diáfana majestad. En vez de sombríos postigos le miraban los alegres cristales de ventanas y puertas a través de los cuales brillaban dorados. Pero de pronto le pareció que una ventana se abría. Conteniendo el aliento, sin moverse y sin apartar los ojos del estanque, le pareció sentirse transportado a su profundidad, al ver, primero, el blanco codo que se asomaba a la ventana, y luego la atractiva cabecita de ojos brillantes que lucían tenuemente entre las oscuras ondas de la cabellera, y que se apoyaba sobre aquel. Levko vio que la movía suavemente, que agitaba la mano y sonreía. El corazón empezó a latirle con violencia. El agua tembló y la ventana volvió a cerrarse. Levko, silenciosamente, se alejó del estanque y miró a la casa. Los sombríos postigos estaban descorridos y los cristales centelleaban bajo la luz de la luna. «¡Cuán poco hay que confiar en las habladurías de la gente!— pensó para sí nuestro héroe—. La casa está nuevita. Los colores son tan vivos como si estuviera recién pintada. Aquí vive alguien»— y se acercó calladamente. Pero en la casa todo era silencio. Sonora y fuertemente resonaban los trinos de los ruiseñores, y cuando estos se extinguían en la languidez, se oía el susurro y el chillido de los gritos, o el zumbido de un pájaro de las ciénagas golpeando con su resbaladizo pico el ancho espejo de las aguas. Un dulce silencio y deleite sintió en su corazón, y después de afinar su bandurria, empezó a tocar y a cantar:

¡Oh tú, luna, luna mía! ¡Oh tú, mi brillante estrella! ¡Venid y alumbrad la casa en donde vive mi bella!

La ventana se abrió silenciosamente, y la misma cabecita cuyo reflejo había visto en el estanque se asomó prestando oído. Sus largas pestañas estaban medio caídas sobre los ojos. Toda ella estaba pálida como un lienzo. Como el brillo de la luna. ¡Y cuán maravillosa..., cuán bella! De pronto se echó a reír. Levko se estremeció.

—Cántame, joven cosaco, una canción —dijo ella en voz queda, inclinando la cabeza y bajando las espesas pestañas.

—¿Qué canción quieres que te cante, mi hermosa muchacha? Las lágrimas resbalaron silenciosamente por su pálido rostro.

—Muchacho —dijo ella, y algo indeciblemente conmovedor vibró en su voz—. Muchacho... ¡Encuéntrame a mi madrastra! ¡Todo me parecerá después poco para ti ! Yo te recompensaré. Yo te recompensaré con esplendidez. Tengo bocamangas con bordados de seda..., corales... y collares. Te daré un cinturón bordado de perlas. Tengo oro... ¡Muchacho..., encuéntrame a mi madrastra! Es una horrible bruja. Por culpa de ella nunca tuve tranquilidad en este mundo. Me martirizaba, me obligaba a trabajar como una simple campesina. Mira mi cara. Con sus impuras hechicerías hizo desaparecer el color de mis mejillas. Mira mi blanco cuello. ¡No desaparecerán! ¡no desaparecerán con nada estas azules manchas que hicieron sus zarpas de hierro! ¡Mira mis blancos pies! Han caminado mucho y no sólo sobre alfombras, sino también por la caliente arena, por la húmeda tierra, por las espinosas zarzas... Mira mis ojos. Míralos. . . Las lágrimas les impiden ver. . . ¡Encuéntrela, muchacho!... ¡Encuéntrame a mi madrastra! Su voz, que empezaba a elevar su tono se calló. Por la pálida cara resbalaban arroyos de lágrimas. Un sentimiento angustioso, mezcla de tristeza y piedad, oprimió el pecho del mozo.

—Yo estoy dispuesto a todo por ti, hermosa mía —dijo éste con sincera emoción—, pero ¿dónde.... dónde puedo encontrarla?

—¡Mira, mira! —dijo rápidamente ella—. Está aquí. Está en la orilla jugando a la ronda con mis compañeras y calentándose a la luz de la luna. Pero es taimada y astuta..., Adoptó la forma de una ahogada, pero yo sé..., yo siento que está aquí. Su presencia me causa pesadez. me asfixia. Por ella no puedo nadar con la ligereza y la desenvoltura del pez. Me ahogo y caigo al fondo como una llave. ¡Encuéntrela, muchacho!

Levko miró a la orilla. En la tenue niebla de plata se sucedía el desfile vertiginoso de las jóvenes, leves como sombras, que con sus camisas blancas semejabán blancas flores sobre un prado. Sus collares de oro brillaban sobre sus cuellos, pero estaban pálidas. Sus cuerpos parecían formados de transparentes nubes, traslúcidos bajo la luna de plata. El corro, jugando, se acercaba a Levko. Se oyeron voces.

—¡Vamos a jugar al cuervo!... ¡Vamos a jugar al cuervo! —alborotaron todas, pareciendo que hablaban los juncos de la ribera tocados por el viento en la quieta hora del crepúsculo—. ¿Quién será el cuervo? Echaron a suertes y una joven salió de la multitud. Levko empezó a examinarla. Su rostro, su vestido, todo era en ella idéntico a lo de las demás. Solamente se veía que hacía sin gana su papel. El corro se deshizo y la multitud de muchachas se estiró en una fila, empezando a correr de un lado a otro huyendo de los ataques del ave de rapina.

—No. Yo no quiero ser cuervo —dijo la joven, agotada de cansancio—. Me duele arrebatar los polluelos a su pobre madre.

«Tú no eres bruja-pensó Levko-. ¿Quién será el cuervo, entonces?» Las jóvenes se dispusieron nuevamente a echar a suertes.

—Yo seré el cuervo —dijo una entre la multitud.

Levko se puso a observar su cara atentamente. Persegúa con rapidez y audacia a las demás y se lanzaba a todos lados en busca de su presa. Aquí Levko empezó a observar que su cuerpo no era tan luminoso como el de las otras. Se veía algo negro en su interior. De repente, se oyó un grito. El cuervo se lanzó sobre una de las jóvenes, la aferró, y a Levko le pareció que de sus manos habían surgido garras y que en su rostro fulguraba una maligna alegría.

—¡La bruja! —exclamó señalándola con el dedo y volviéndose hacia la casa.

La muchacha se echó a reír y las jóvenes dando un grito, se llevaron consigo a la que representaba el papel de cuervo.

—¿Con qué puedo premiarte, muchacho? Yo sé que tú no necesitas oro. Amas a Ganna, pero tu severo padre te impide casarte con ella. Ahora ya no te molestará. Toma y dale este papel...

La blanca manita se extendió mientras el rostro de la muchacha se iluminaba y brillaba prodigiosamente. Con inexpresable temor y el corazón latándole anheloso, cogió él la nota y... se despertó.

VI

El despertar

—¿Me habré dormido? —dijo para sí Levko, levantándose del pequeño montículo—. Todo era tan vivo que parecía realidad. ¡Maravilloso! ¡Maravilloso! —repetió mirando a su alrededor.

La luna, detenida sobre su cabeza, mareaba la medianoche. Por doquier reinaba el silencio. Del estanque llegaba el frío. Ante él se elevaba triste la vieja casona con sus postigos cerrados. El musgo y la hiedra silvestre indicaban que los hombres la habían abandonado hacía mucho tiempo. Levko abrió su mano que había estado convulsivamente cerrada durante todo su sueño y exclamó asombrado al sentir en ella el contacto de un papel.

«¡Oh, si yo supiera leer!», pensó dándole vueltas por todos lados. En este instante se oyó ruido a sus espaldas.

—¡No tengáis miedo! ¡Agarradlo sin demora! ¡No seáis cobardes! ¡Somos diez! ¡Apuesto a que es un hombre y no un diablo! —así gritó a sus compañeros el alcalde, y Levko se sintió cogido por varias manos, algunas de las cuales temblaban de miedo—. ¡Vamos, amigo!... ¡Quítate esa máscara horrible! ¡Basta ya de burlar a la gente! —dijo el alcalde apresándole por el cuello.

Pero quedó petrificado y con su único ojo escapándosele de la órbita.

—¡Levko, hijo! —exclamó retrocediendo de asombro y bajando las manos—. ¡Eres tú, hijo de perro! ¡Engendro de Satanás! ¡Y yo pensando en quién podría ser el canalla y el demonio que ideaba todas esas tretas! ¡Y resulta que eres tú!

¡Kisel (2) sin cocer que te atraviesas en la garganta de tu padre! ¡Tú el que te permites organizar fechorías por la calle e inventar canciones!... ¡Vaya, vaya con Levko! ¿Qué significa

esto? ¿Ya empiezas a rascarte la espalda?... ¡Atenle!

—¡Espera un momento, padre! Me han mandado que te entregue esta nota —dijo Levko.

—¡No es este el momento para notas, palomito!

—Espera un momento, amigo alcalde —dijo el escribano desplegando la nota—. La escritura es del comisario.

—¿Del comisario?

—¿Del comisario? —repitieron maquinalmente

—¿Del comisario? ¡Qué raro! ¡Todavía más incomprensible! —pensó para sí Levko.

—¡Lee, lee! —dijo el alcalde—.

Veamos lo que escribe el comisario.

—Veamos lo que escribe el comisario —dijo el vinicultor con la pipa entre los dientes y sacando chispas a la yesca.

El escribano carraspeó y empezó a leer:

—«Orden al alcalde Evtuj Makogonenko: Ha llegado a nuestro conocimiento que tú, viejo tonto, en lugar de recaudar los impuestos atrasados y poner orden en el pueblo, has perdido el seso y cometes desaguisados.»

—¡A fe mía —interrumpió el alcalde que no oigo nada!

El escribano empezó a leer de nuevo:

—«Orden al alcalde Evtuj Makogonenko: Ha llegado a nuestro conocimiento que tú, viejo ton...»

—¡Para, para!... ¡No hace falta que sigas! —gritó el alcalde—. Aunque no he oído bien, sé que lo principal no ha salido todavía. ¡Sigue leyendo!

—«Y en consecuencia te ordeno que cases en seguida a tu hijo Levko Makogonenko con la joven cosaca de vuestro pueblo Ganna Petrichenkova, y también que repares los puentes del camino principal, y que no des caballos de los vecinos sin mi conocimiento a los funcionarios judiciales, aunque vengan directamente de los tribunales. Si cuando llegue, encuentro que esta orden mía no ha sido cumplida, serás tú el único responsable. El comisario, teniente retirado Kosma Derkach —Drischpanovskii,»

—¡Qué cosas! —dijo el alcalde abriendo la boca—. ¿Lo oyen ustedes..., lo oyen? ¡De todo será responsable el alcalde! ¡Tenéis que obedecer! ¡Obedecer sin rechistar!... Si no..., ¡Y tú... —prosiguió volviéndose hacia Levko—, ya que el comisario lo ordena (*aunque me parece raro que haya llegado todo esto a sus oídos*). te casarás, pero antes te haré probar el látigo! El que está colgado en la pared en el sitio de honor. ¿sabes? Mañana lo estrenaré... ¿En dónde has cogido esta nota?

Levko, a pesar del asombro que le producía el inesperado giro del asunto, tuvo el tino de preparar mentalmente una respuesta y de ocultar la verdad sobre el modo como había adquirido la nota.

—Ayer por la tarde fui a la ciudad —dijo— y me encontré con el comisario, que bajaba de su carretela. Al saber que yo era de este pueblo, me dio este papel y me encargó te comunicara, padre, que a su regreso vendrá a comer con nosotros,

—¿Ha dicho eso?

—Eso ha dicho.

—¿Lo han oído ustedes? dijo el alcalde con aire importante dirigiéndose a sus acompañantes—. ¡El comisario! ¡El propio comisario en persona vendrá a comer con nosotros! Quiero decir a mi casa... ¡Oh!...— aquí el alcalde alzó el dedo e irguió la cabeza, colocándola en posición de escuchar—. ¡El comisario! ¿Lo oyen ustedes? ¡El comisario vendrá a comer a mi casa! ¿Qué te parece, amigo escribano? ¿Y a ti, compadre? ¡No es poco honor!, ¿no es verdad?

—Que yo recuerde, hasta ahora —dijo el escribano— ningún alcalde convidó a comer a un comisario.

—¡Hay alcaldes y alcaldes! —dijo con aire satisfecho el alcalde. Su boca se torció y salió de ella algo parecido a una risa pesada y bronca que semejaba el retumbar de un trueno lejano—. ¿Qué crees tú, amigo escribano? ¿No te convendría dar orden de que trajeran alguna cosa de cada jata? Un pollo.... o algo así, para el ilustre huésped, ¿no te parece?

—¿Y cuándo será la boda, padre? —preguntó Levko.

—¿La boda?... ¡Ya quisiera yo darte boda! pero en honor del ilustre huésped mañana os casará el pope. ¡Al diablo con vosotros! ¡Que vea el comisario cómo se cumple el deber! ¡Ahora, muchachos, a dormir! ¡Váyanse a sus casas! Lo ocurrido hoy me ha recordado el tiempo en que yo... —aquí el alcalde miró de soslayo con el aire importante y significativo de costumbre.

—Bueno... —dijo Levko—. Ahora empezará el alcalde a contar cómo escoltaba a la zarina... —y alegre y con rápidos pasos, se apresuró hacia la conocida jata rodeada de pequeños guindos.

«¡Que Dios te dé la gloria eterna, buena y hermosa muchacha!- pensaba para sí-. ¡Que todo te sonría en el otro mundo entre los ángeles y los santos! A nadie contaré el milagro que ha ocurrido esta noche. ¡Solo a ti te lo diré, Galiu! ¡Tú solo me crearás y rezarás por el eterno descanso de la desdichada ahogada! »

En este momento se acercó a la jata. La ventana estaba abierta y los rayos de la luna penetraban por ella y caían sobre la dormida Ganna. Tenía ésta la cabeza apoyada sobre la mano. Las mejillas, sonrosadas. Los labios se movían pronunciando, confusamente, el nombre de Levko.

—Duerme, hermosa mía... ¡Sueña con todo lo mejor que hay en el mundo!, aunque esto no será mejor que nuestro despertar.

Después de hacer la señal de la cruz sobre ella cerró la ventana y se alejó silenciosamente. A los pocos minutos, todo dormía ya en el pueblo. Solo la luna seguía flotando en la misma forma brillante y misteriosa por los inconmensurables océanos del hermoso cielo ucraniano. Todo en la altura respiraba solemnidad, y la noche..., la divina noche quemaba majestuosamente sus últimas horas. La tierra, bañada de un maravilloso brillo plateado seguía siendo hermosa. Pero

nadie se embriagaba ya con esto. Todo estaba sumido en el sueño. Solo de tarde en tarde interrumpía un momento el silencio el ladrido de los perros.

Y todavía, durante mucho tiempo, el borracho Kalenik vagó por las calles dormidas buscando su jata.

F I N